

**PARTE I**  
**La Toscana, otoño de 1266**



EL PEQUEÑO FRAILE MINORITA apretó sus manos contra el pecho mientras descendía apresurado las empinadas escaleras de piedra. En respuesta a su gesto, sintió sobre su piel el roce sedoso del delicado pergamino.

Al tibio contacto, un estremecimiento involuntario recorrió el cuerpo enjuto del franciscano: sabía del tremendo poder que atesoraba en esos momentos bajo el sayal, y la responsabilidad que cargaba sobre sí le abrumaba.

Cuando diez años antes decidió consagrar su vida a Dios, buscando su verdad entre los hermanos menores, nada podía hacerle sospechar que, con el tiempo, sus facultades y la desmedida ambición de los poderosos le irían alejando de la reposada vida monástica a la que aspiraba y le arrastrarían al torbellino de conspiraciones entre las que intentaba sobrevivir en esos momentos.

Durante los últimos meses, el permanente acoso al que se veía sometido, el poder de quienes buscaban hacerse con el objeto que custodiaba, las inimaginables fuerzas cuyo resorte bien a su pesar ocultaba en ese momento, habían agujoneado

el espíritu polemista que abrigaba en su interior, pero destrozaban al erudito, más proclive por naturaleza al debate académico y la confrontación intelectual que al ejercicio físico y las proezas heroicas.

Amaba las ciencias y la infinita sabiduría que Dios había mostrado en el intrincado diseño del universo. Fue precisamente su natural espíritu crítico y su tendencia hacia las ciencias positivas los que impulsaron a Roger Bacon a ingresar en la orden de San Francisco, pero el pequeño cuaderno que portaba bajo su burdo hábito y que debiera haber supuesto la culminación de todas sus expectativas para el desarrollo de la humanidad, se estaba convirtiendo —contrariamente a lo esperado— en una pesada y angustiosa carga, sin que advirtiera visos de que fuera a terminar la agonía que conllevaba.

Desde su encuentro con el cardenal en París, cuando recibió la encomienda de hacerse cargo del libro en cuestión y el mandato de llevarlo a su tiempo hasta Viterbo, su ansiada vida dedicada al reposado estudio y la vivificante controversia se había transformado en un combate despiadado que parecía no fuera a tener fin, donde todo era válido.

Hacía ya varios años que se veía sometido a una permanente coacción por parte de algunos de sus superiores —que no habían dudado en acusarle en público de nigromante y astrólogo— y sabía que muy pronto, quienes ansiaban apoderarse del manuscrito se verían obligados a estrechar aún más el dogal que sentía ya cerrado en torno a su cuello.

Era consciente de que el tiempo se había ya terminado.

Tenía cincuenta y cinco años, y si bien su austera vida, frugal y alejada de toda clase de vicios y excesos, le había permitido conservar aún su cuerpo enérgico y disciplinado, comenzaba a resentirse tras tantos años de lucha y confrontación.

Además, era consciente de que ni tan siquiera el propio Papa podría seguir conservando la discreta postura que hasta ahora mantenía: a no mucho tardar, el secreto debería hacerse público y las fuerzas ocultas que pugnaban por hacerse con

el libro se mostraban dispuestas a emprender cualquier acción —por horrible que fuera— antes de permitirlo.

Temía el franciscano que su amigo y protector, al igual que no podía hacer nada abiertamente contra quienes sin tapujos acosaban a sus amigos, acabara encontrándose él mismo indefenso ante los poderes terrenos que pretendían utilizar en su propio beneficio los inmensos poderes que abriría al mundo el ligero volumen de piel que apretaba contra su cuerpo.

El cerco al preciado manuscrito se cerraba un poco más a cada día que transcurría.

Su inmediato superior le tenía prohibido publicar trabajos fuera de la orden, y cuantos escritos quisiera poseer debían ser examinados con anterioridad por el ministro general o por el provinciano. Incluso le tenían vedado el comunicarse con sus discípulos. Pretender saltarse las interdicciones a las que estaba sometido ya le habían valido en otras diferentes ocasiones el perder todos los escritos que encontraron en su poder y largos días de amargo ayuno a pan y agua.

Pero ahora, la incautación del cuaderno que apretaba contra su pecho no supondría simplemente otra temporada de obligada dieta, ni la pérdida de algún ensayo novedoso sobre óptica fácilmente sustituible. La requisita del volumen supondría el fin de los días.

Debía evitarse a cualquier coste que cayera en manos inadecuadas. Si por desgracia así ocurriera, quien poseyera el saber que en él se encerraba podría convertirse en el Anticristo que engendrara la llegada del Apocalipsis anunciado.

Afortunadamente y pese a las coacciones, Roger se sentía fuerte. Su convencimiento y su fe le permitirían soportar cualquier presión o tortura a la que le pudieran someter sus enemigos y jamás revelaría el paradero del libro.

Pero este tendría que esconderse donde los traidores al Supremo Pontífice nunca pudieran encontrarlo por sí mismos. Si lo continuaba ocultando bajo las losas de su celda no tardarían en localizarlo, y entonces todos los esfuerzos y sufrimientos padecidos habrían sido en vano.

Era por eso que en secreto había hecho llegar un recado a su alumno más amado: en esos momentos, John de París debería estar esperándole junto al pequeño huerto que se habría al este del monasterio, oculto a las miradas tras el muro que lo cercaba.

John se encargaría de poner el cuaderno a buen recaudo, lejos de Italia. Hasta que se lo volviera a reclamar.

Únicamente debía depositarlo en sus manos, que lo alejarían de las atormentadas tierras de la Toscana, y podría entonces descansar. Seguro ya de que ninguno de los agentes de Carlos de Anjou, ni sus oponentes los Hohenstaufen, podrían hacerse con él.

El fraile apretó aún más el libro sobre su pecho y suspiró anhelando poder descansar libre de su carga.

Atravesó con paso silente los pasillos fríos a los que se abrían las celdas de sus hermanos. Según pasaba frente a las toscas puertas que cerraban los habitáculos, sentía en su interior los profundos sueños en los que estaban sumidos la mayor parte de sus ocupantes y las silenciosas oraciones a las que se entregaban aquellos a quienes como a él —aunque por diferentes razones— les era negado el sueño reparador.

Con la respiración agitada, alcanzó la planta baja sin cruzarse con ninguno de los otros frailes que habitaban en el convento.

Una vez ya en el piso bajo, aún debía atravesar en su totalidad el cenobio para alcanzar el pequeño huerto intramuros donde los hermanos cultivaban sus hortalizas.

Desde que comenzó el acoso había sido trasladado de celda en más de una ocasión, y por esas fechas su aposento se hallaba situado sobre la capilla del Abad, abierta a la fachada norte del monasterio, la sección más fría del edificio, alejada de la cocina y de sus enormes hornos, que durante las frías noches de invierno desprendían lenta y apaciblemente el calor acumulado durante el día a través de sus paredes.

Esa madrugada, con el cuerpo aterido, se veía obligado a atravesar en la oscuridad el desapacible claustro.

Tembló al mero pensamiento de sus losas ásperas, cu-

biertas de la escarcha otoñal, y de su amplia galería abierta a la intemperie, paso obligado para alcanzar el jardín tras el que le esperaba su amigo.

Sintió un escalofrío al alcanzar la planta baja y posar sus pies descalzos en las pesadas planchas de caliza que pavimentaban el corredor, rezumantes de agua en esa noche húmeda de otoño.

Comenzó a recorrer el pórtico oscuro.

Repentinamente, un hálito que palpitaba en la oscuridad de la cámara vecina le hizo detener sus pasos. La presencia se destacaba en la cilla, una amplia estancia donde se recogían los granos provenientes de los diezmos que los campesinos de la zona se veían obligados a entregar al monasterio.

Cautamente, sin atreverse siquiera a respirar, exploró cuidadosamente el tenebroso éter de la sala. Bajo la arcada de la pesada puerta que comunicaba el locutorio del hermano mayordomo con el claustro, invisible para el ojo humano, el desvelado fraile encargado del gobierno económico del convento guardaba el paso oculto entre las sombras.

Era imposible que le hubiera visto —un grueso muro de piedra les separaba a ambos— pero bloqueaba el camino más directo hacia el lugar de encuentro acordado con John. Si pretendiera cruzar el claustro, fuera cual fuese la dirección que tomara, se vería necesariamente obligado a cruzar por delante del cillerero delatando así su presencia. Para evitar ser descubierto, se vería obligado a penetrar en la sacristía y a atravesar la inmensa sala capitular para luego acceder al locutorio y desde allí, alcanzar, al fin, el huerto.

Resultaba en extremo peligroso para Roger el recorrido por el interior, atravesando estancias donde quedaría expuesto. Sin lugares donde poder esconderse de cualquier otro fraile o centinela que se encontrara en ellas. De manera que permaneció durante unos minutos agazapado, esperando algún movimiento por parte del vigilante.

Se mantuvo tiritando bajo su áspero hábito ceniciento, con la capucha cubriendo sus cabellos tonsurados en un intento infructuoso de conservar el escaso calor que su cuerpo aún mantenía. Buscaba distinguir en la oscura noche los cris-

mones que adornaban las arcadas de piedra y trataba inútilmente de distraer su mente del frío atroz que atezaba su cuerpo.

Discurrió lento el tiempo sin que el centinela se permitiera bajar la guardia un solo instante.

Al fin, cuando un violento estremecimiento sacudió su osamenta entumecida, Roger se decidió a abandonar su sigilosa espera. Cansado de aguardar y aterido, decidió arriesgarse a intentar alcanzar el huerto atravesando la sacristía.

Se incorporó en silencio, estiró sus miembros dormidos y buscó que volviese la sangre a fluir por ellos y los calentara.

Una vez en pie y antes de intentar ponerse en movimiento, procuró eliminar el persistente hormigueo que recorría sus piernas doloridas masajeándolas ligeramente con una de sus manos. La otra la sostenía contra el pecho, manteniendo en todo momento el contacto de su piel helada con el manuscrito que guardaba bajo el hábito.

Frente a él, al final de la larga galería porticada en la que se encontraba, se podía adivinar en la penumbra el oscuro hueco donde se abría la puerta que daba acceso a la dependencia en la que se guardaban los ornamentos y menesteres necesarios para el culto del monasterio.

Se puso en camino. Sigiloso sobre sus pies desnudos, recorrió la galería deslizándose entre sus sombras. Buscando los ángulos más oscuros, tratando siempre de interponer entre él y la perturbadora presencia del mayordomo la más impenetrable de las tinieblas.

Llevado por su cautela, se hicieron eternos los minutos que empleó en alcanzar el portón. Cuando por fin lo alcanzó, tiró con el máximo cuidado de la pesada argolla de forja que cerraba la robusta puerta de roble. No existían cerraduras en el interior del edificio y la hoja giró silenciosa sobre sus goznes, bien engrasados con sebo de cordero.

Antes de entrar en la lóbrega sacristía, se detuvo unos instantes para comprobar que el espía encargado de vigilarle no mostraba el menor indicio de haber sentido el callado rumor producido por la puerta al girar sobre los pernos que la sustentaban.

Tranquilizado por el silencio y absoluta inmovilidad del guardián, entró con la respiración entrecortada en la tranquila estancia.

Sus jadeos nerviosos dibujaban pequeñas nubes de vaho, que flotaban etéreas en el aire inmóvil de la habitación.

Con sorpresa y desánimo comprobó que al otro extremo, sobre la oscuridad dominante en el recinto, el sutil trazo de una luz brillante rompía las sombras. La oscilante claridad que se advertía a través del resquicio del acceso a la sala capítular, le permitía observar a duras penas los suelos y paredes de piedra, apenas cubiertas por unos escasos cortinajes.

Intentando descubrir quién se ocultaba en la sala adyacente y le vedaba también ese camino, prestó atención a las señales que todo ser vivo mostraba a quien supiera percibir-las.

Advirtió al otro lado del grueso muro a dos personas.

Susurraban en la habitación contigua. Ambas acostumbradas a dar órdenes, decididas en sus empeños y —cada una a su manera— despiadadas cuando de cumplir sus objetivos se trataba.

Ocupaban la sala donde habitualmente se reunía el cabildo del monasterio. Uno de ellos se mantenía reposado y tranquilo. Hablaba con voz grave y sonora, como si pretendiera con su actitud tranquilizar a su acompañante, que con voz más enérgica y penetrante discurseaba con verbo atropellado.

Mientras se mantuvieran allí era —obviamente— imposible salir por la habitación que ocupaban. Y resultaba igualmente inútil intentar despistar al vigilante oculto en la despensa.

Desolado, se dejó caer sobre el pavimento helado envolviéndose en su hábito de lana áspera. En esos momentos, acuclillado casi en posición fetal, abrazado a sus rodillas, apretando contra su piel el objeto origen de sus zozobras, se sintió vencido por las circunstancias.

Sumido en su congoja, mientras llegaban a él las pulsaciones de quienes se empeñaban en hacer aún más espinoso su ya de por sí difícil cometido, deseó no haber sido elegido para carga tan pesada.

Pero el abatimiento permaneció apenas lo que duró el profundo suspiro con que había llegado.

Jamás osó cuestionar los designios del Señor. Siempre había estado dispuesto a arrostrar cuantas pruebas dispusiera en su camino con el espíritu pronto y la cabeza alta. No sería ahora cuando se derrumbara por un poco de frío y oscuridad.

Acomodó su cuerpo menudo en el rincón más sombrío y alejado de la puerta tras la que continuaba la discusión de los desconocidos que le cortaban el paso. Cubrió su delgada figura lo mejor que pudo con el sayo, y se dispuso a esperar pacientemente a que despejaran el camino.

Hubo de transcurrir más de una hora hasta que la puerta se abrió y le mostró, entre sombras, a los dos personajes que tan larga charla habían mantenido:

El más alto —el nervioso de voz penetrante— calzaba botas altas que resonaban sobre las mayólicas del pavimento. Cubría su cuerpo, pesado y macizo, con una capa larga de espeso fieltro negro que le tapaba hasta por debajo de las rodillas. En un gesto desairado abrió su manto mostrando bajo su espaldera metálica los colores de Anjou.

—Jamás permitiremos que se cumpla —afirmó rotundo.

Su acompañante vestía el sagrado hábito gris en forma de «tau» propio de los franciscanos. Roger no tuvo necesidad de oír su voz para reconocerle. Había descubierto su identidad antes de que hubiera llegado a abrir la boca para contestar:

—Estad tranquilos —susurró—. Ya se han dispuesto los acomodos necesarios —bajó aún más la voz—. Nunca llegará el libro a Viterbo.

Al oír pronunciar esas ominosas palabras a su superior, se secó la garganta de Roger dejándole un sabor metálico en la boca.

Turbado, oyó cómo respondía el militar:

—Más os vale. Las promesas hechas por el cardenal Guy de Gros no son mantenidas desde que le llaman «Santidad» —silabeó con odio—. Se tambalea su poder en el sur y nuestro señor jamás permitirá que el tratado llegue a sus manos.

Sabemos que está en contacto con ese maldito fraile inglés... brujo y alquimista. —Arrastraba las palabras con re-

pugnancia al pronunciarlas—. Puede utilizarle para hacerse con la Obra.

—No debéis preocuparos, nuestro general ya ha dispuesto las órdenes oportunas —le tranquilizó el religioso—. Se le mantiene bajo custodia en todo momento. No dispone de caudales y se le impide la adquisición de pergamino y el acceso a los copistas.

Os repito que no posee el libro, y si lo tuviera sólo sería cuestión de tiempo el que nos hiciéramos con él. Está sometido a permanente vigilancia y tiene terminantemente prohibido el sacar ningún trabajo fuera de la orden. En este monasterio nada puede esconderse a mi vista por mucho tiempo.

—No alcanzo a comprender como permitisteis que un mago ingresara en vuestra orden.

El franciscano tomó del brazo a su interlocutor llevándolo hacia la salida del locutorio. Mientras lo abandonaban por el extremo opuesto al que se hallaba Roger Bacon oculto entre las sombras, le oyó sugerir paciente a su acompañante:

—No debéis aspirar a comprender los intrincados diseños del Señor —endureció su tono grave al hablar—. Limitaos simplemente a obedecer fielmente al vuestro.

Marcharon mientras continuaban su conversación, dejando al pobre fraile sumido en la más absoluta oscuridad, pero también en el convencimiento de que el tiempo se estaba agotando, y en la certidumbre del desastre que sobrevendría al mundo si el pequeño cuaderno de pergamino que guardaba contra su piel, cayera en las manos de aquellos que pretendían utilizarlo para alcanzar sus intereses espurios.

Acurrucado en su oscuro y frío rincón de la sacristía, tras extinguirse la luz que portaba su superior, Roger esperó a que se apagaran las últimas olas de vida tras ellos antes de iniciar ningún movimiento.

Resoló con enfado. Le llamaban brujo, mago, hechicero. Esos hombres pervertían a su conveniencia los divinos diseños del Señor. Les asustaba lo diferente, pero ansiaban domeñarlo a su antojo y beneficio.

Si el libro llegara a las manos que le fueron destinadas, quienes eran como él podrían al fin exponer a la luz el precio-

so don con que fueron bendecidos por el Divino Creador. Si por el contrario consiguieran sus enemigos sus indignas pretensiones, una eternidad de llanto y sombra se abatiría para siempre sobre el mundo entero.

Rezongando para sí, dejó pasar un tiempo prudencial y se incorporó con dificultad. Sentía crujir sus articulaciones. El aire frío y preñado de humedad del otoño, sumado a las brutales penitencias a las que periódicamente le sometían buscando quebrantar su ánimo, comenzaban a dejar dolorosa huella en su organismo fatigado.

Pese a ello, fortalecido en su espíritu, forzó a su cuerpo atormentado a levantarse y caminar hacia la puerta por la que habían desaparecido instantes antes los dos conspiradores.

No tardó en alcanzar el cuidado jardín intramuros, donde durante el día los hermanos cultivaban todo tipo de legumbres y hortalizas.

Aspiró con delectación el olor de la tierra humedecida por el rocío. Sintió el colorista vibrar del espíritu del Señor sobre las plantas del huerto y los diminutos animales que lo poblaban. Agradecido, elevó una rápida oración al Padre por el don que le había otorgado: poder «ver» el alma de cuantos seres habitaban sobre la tierra.

Dio un paso. Una compleja red de caminos cubiertos de fino mantillo recorría el jardín del cenobio y su pie descalzo se hundió en la tierra mullida. Separó el otro pie de la fría piedra que formaba el umbral del locutorio por el que había llegado a la huerta y lo hundió con un placer casi físico en el fresco suelo, notando cómo el barro se deslizaba voluptuoso entre sus dedos. Se mantuvo quieto durante unos instantes, percibiendo cómo giraba el mundo bajo sus pies, sintiendo cómo el universo entero vibraba en armónica sintonía mientras seguía los designios de su Dios.

Se embebió de la cósmica energía emanada por la naturaleza pródiga que lo rodeaba.

Más tranquilo, se sintió de nuevo renovado en sus fuerzas para cumplir con su sagrada misión.

Comenzó con cuidado su camino entre las diferentes matas y verduras allí dispuestas.

Sobre el reticulado terreno se dibujaban una infinidad de bancales y parterres. Brotaban entremezcladas verduras y flores, alternando sus parcelas con los macizos de plantas aromáticas y medicinales.

Recorrer el intrincado laberinto que formaban los caminos que serpenteaban entre los macizos de plantas y las interminables hileras de coles y remolachas, se convertía en la oscuridad de la noche en un verdadero ejercicio de funambulismo.

Antes de alcanzar la pared opuesta, tras la que debería esperarle su discípulo predilecto —al salirse repetidamente del camino de tierra batida—, aplastó cuatro ringleras de zanahorias, quebró varias ramas de un exuberante avellano preñado de fruto —orgullo de fray Inocencio, el hermano a cargo del huerto— y se rasgó el dorso de la mano con los bastidores que sustentaban las parras, descolocándolos al chocar contra ellas en la oscuridad.

Con toda certeza, los hermanos más jóvenes —poco aficionados al trabajo manual del hortelano y más propensos a las risas y carreras entre los setos y sembrados que al empleo del azadón— recibirían al poco de amanecer una furibunda reprimenda por parte de fray Inocencio sin haber tenido ninguna participación en los destrozos ocurridos durante la noche.

Se limpió la sangre con el hábito y rió en silencio pensando en las enrevesadas excusas, por una vez verdaderas, que exhibirían los novicios ante el grueso cenobita.

Más animado, continuó el intrincado recorrido prestando la máxima atención y procurando mantenerse dentro de las sendas marcadas. Al fin, sudoroso pese al frío de la noche, llegó junto a la tapia que aislaba el huerto del mundo exterior.

Siguió sus muros cubiertos de musgo y helechos hasta encontrar el portalón de madera. Ya antes de atravesarlo, sintió la presencia de su amigo tras él.

Con un brinco en el pecho, recorrió los cerrojos que trancaban la puerta. Al otro lado le esperaba John de París.

Se alegró en su corazón al ver al valiente muchacho envuelto en un grueso capote de piel oscura.

—John. No sabes cuánto me complace verte.

Abrazó con ardor el cuerpo robusto del abnegado discípulo.

Al palmotear la pesada capa que cubría sus hombros, saltaron diminutas gotas de rocío que rielaron durante unos breves instantes, flotando en la helada atmósfera.

De su nariz enrojecida colgaba una gota de escarcha y sus dientes al entrechocar, producían un sonido como de crótalos lejanos.

—Lamento mucho haberte hecho esperar tanto —se compadeció Roger.

—Maestro, todo cuanto yo pueda hacer por vos será poco en comparación a los bienes que me habéis dado.

—Nada te he dado que no estuviera ya en ti. —Palmeó de nuevo fraternalmente al joven en el hombro. Luego, sacudiendo la cabeza en un gesto de cansancio y pena, continuó—: Lamento colocar sobre tus hombros tamaña responsabilidad, pero lo que ahora debo pedirte es de la máxima importancia que se cumpla de manera inmediata.

John asintió con expresión seria:

—Lo sé.

—Debes tomar el manuscrito y llevarlo a Inglaterra. Allí estará a salvo.

Roger Bacon buscó entre sus ropas el cuaderno. Al soltarlo para abrazar al muchacho se había deslizado hasta su cintura, donde se mantenía retenido por el burdo cordón de cuerda que ceñía su talle con el triple nudo franciscano.

—Llévalo, si puedes, a la abadía de Bileigh, en Essex. —Con un bufido, extrajo por fin el libro por el cuello de su hábito. Satisfecho, continuó con sus indicaciones—: Si te encontraras con dificultades para entrar en Inglaterra, entrégalo en custodia a cualquiera de los monasterios franciscanos donde hallares amigos de confianza y vuela luego a Viterbo a presentar a su Santidad estos dibujos y explicarle la situación en que me encuentro.

John tomó de las manos de su maestro el manuscrito y unas pocas hojas de pergamino donde aparecían insólitas re-domas y extraños círculos cabalísticos. Envolvió el cuaderno

en una fina piel de cabrito que llevaba en el morral e introdujo en su faltriquera los extraños diseños.

—¿No sería preferible enviar libro y láminas directamente al Papa a su residencia en Viterbo? —preguntó.

—No ahora —respondió circunspecto Bacon—. No mientras Roma se encuentra acosada y toda la península se ve sacudida por una tormenta de sangre y fuego. Verdaderamente, sin el cuaderno elucidario donde se contienen los códigos empleados para cifrarlo, el libro es un inútil bulto de páginas emborronadas sin sentido. Pero debemos cumplir con las órdenes que nos han sido dadas: los tres ejemplares deben ser entregados simultáneamente. Clemente IV recibirá su libro cuando llegue su hora, no antes. Luego, a su tiempo, le será facilitada la clave necesaria para entenderlo.

Palpó con cuidado el bulto donde John guardaba el libro y levantó la cara, pálida por la fatiga y la desnutrición, hacia el rostro de su alumno.

—Llévalo a lugar seguro y torna luego a finalizar tu tarea.

—Perdóneme maestro, pero no entiendo por qué su Santidad no pone fin a todo esto. ¿Por qué no hace valer su autoridad ante quienes tanto le están acosando a vos y les ordena ayudarle a cumplir su misión?

El franciscano contestó con voz triste:

—Está obligado a mantener todo el asunto en el más absoluto de los secretos. —Dudó un momento antes de continuar—. Y no sé hasta qué punto está el Santo Padre libre de las ambiciones y coacciones mundanas. No hace mucho recibí una carta desde Viterbo en la que me ordenaba que enviara «mi trabajo» de manera inmediata, sorteando como fuera cualquier oposición que se me planteara, pero prohibiéndome decir a nadie que actuaba en nombre del Papa.

—¿Y vos, que hicisteis?

—Excusarme. —Sonrió con una ligera nota de ironía en su voz cargada de pesadumbre—. ¿Qué otra cosa podía hacer? La prohibición que mis superiores extendieron en Narbonna está aún en vigor. Tan controlado me tienen, que hasta para poder comprar el pergamino con que te escribí citándote hoy

aquí he debido de pedir prestado a unos pobres aldeanos que me aprecian y que gastaron lo que no tenían para satisfacer mi necesidad.

Apesadumbrado, John terminó de cerrar el fardo con que protegía el libro y lo fijó con un fino bramante. Lo introdujo en su bolsa y cerró esta, asegurándose de que los nudos permanecerían bien atados.

—¿Qué debo decir en Bileigh cuando lo entregue?

—Que este es el *Scriptum Principale* y que cuando sea oportuno lo reclamaremos. Nada más. Cuantas menos explicaciones des, menos posibilidades tendrás de incurrir en error.

Apoyó nuevamente la mano en la bolsa, como si echara de menos el contacto del pergamino en su piel, o como si quisiera deseárselo suerte en el viaje que iniciaba.

—Llevas en ti la esencia del ser humano. Su parte matemática y su ser animal, su contexto en el cosmos y su lugar en la naturaleza. Dos partes del hombre: carne y espíritu; dos partes del libro: alquimia, la sustancia del hombre, y astrología, su funcionamiento dentro del mecanismo universal que el Supremo Creador diseñó para él.

John no sabía si le hablaba a él o al libro que minutos antes le había entregado. Estaba acostumbrado a que su maestro le hablara con aquella extraña terminología, pero la necesidad de poner rápidamente a seguro el manuscrito que ahora portaba en su bolsa le hacía sentirse incómodo. Buscó alguna cuestión con la que interrumpirle y poner fin a lo que por experiencia sabía que podía convertirse en un inacabable discurso sobre la esencia del hombre y su destino:

—Fray Roger, si los enemigos de que me hablasteis en vuestra carta me encuentran, ¿qué debo hacer?

—Destruirlo —contestó inmediatamente y sin dudar—. Se perdería una oportunidad única en la historia de la humanidad, pero si cayera en las manos de esos individuos corrompidos, significaría el fin de esta misma humanidad que pretendemos elevar hacia el Creador.

La mera idea de que esto pudiera ocurrir parecía aterrorizar al enjuto fraile. Tomó entre las suyas las manos de su amado discípulo:

—Si este ejemplar se perdiera, esta generación habría perdido su oportunidad. —Elevó su tono de voz, temerosa hasta el momento, al continuar con energía—: Pero todo es preferible a entregar la obra del Señor a los discípulos de Satan. Por suerte, esta es únicamente la copia fiel de un original guardado bajo tierra en los confines australes de esta tierra. Bajo las montañas, en las fronteras de las tierras cristianas, se conserva el original escrito al dictado de los más sabios varones del orbe. Si te vieras obligado a destruir este ejemplar aún quedaría viva la esperanza de que en un lejano futuro, la humanidad pudiera aprovechar sus enseñanzas.

—Confíad en mí —le respondió John—. No se perderá.

—Cuando lo hayas escondido en Essex vuelve a Viterbo, y con la excusa de entregar al Santo Padre algunos dibujos sobre la física, entrégale los que has guardado en tu bolsillo y ruégale que ponga fin a nuestras amarguras previniendo los medios necesarios para que podamos cumplir nuestra misión.

El cielo, velado hasta entonces, comenzó a disolver sus brumas permitiendo que miríadas de frías estrellas se asomaran titilando por entre los jirones de la nubosa cubierta.

—Así lo haré —aseguró el joven—. Perded cuidado.

Una luna lechosa cobró fuerza en la gélida noche, dibujando trémulas siluetas sobre la tierra. Como saludando su aparición comenzó a soplar un suave céfiro, que agitando los macizos de albahaca y menta del otro lado del muro les forzó a extender su fresca fragancia sobre las dos figuras embozadas.

Roger Bacon y John de París permanecían inmóviles tras el muro de piedra. Los susurros de su conversación apenas alcanzaban unos pasos más allá de sus sombras.

Ambos callaron por unos instantes para aspirar el delicado perfume.

—Parece que la tierra misma te deseara ventura en tu cometido.

—¡Dios lo quiera!

—Que Él te guíe —le deseó Bacon.

Colocó su mano sobre la frente de John y le bendijo en silencio, trazando sobre su cabeza el signo sagrado del Tau.

Y así, sin largas despedidas, sin preámbulos inútiles, decididos ambos a enfrentarse a lo que la providencia les deparara, se separaron tomando cada uno el camino de su propio destino.

Sin esperar a ver desaparecer a John entre los romeros y lentiscos que salpicaban el camino del monasterio, Roger volvió con el corazón encogido a la sombría humedad del convento. Sabía las dificultades que dentro le esperaban, pero consciente de las desorbitadas apuestas que se cruzaban en la partida, se encontraba dispuesto a cumplir con su papel afrontando cuantos esfuerzos o calamidades se topara en el camino.

Con terca obstinación haría cuanto estuviera en su mano para cumplir con la encomienda recibida.

John a su vez, sin esperar a que se cerrase el portalón tras su maestro, tomó el sendero que descendiendo de las suaves colinas cargadas de vides sobre las que se hallaba emplazado en monasterio, le llevaría hasta la mercante Pisa. Desde allí, cambiando la mula que ahora montaba por un buen caballo de paso, recorrería en jornadas agotadoras, rodeado de olivos y tomillos, parte de la Liguria, siguiendo la vía Aurelia hasta alcanzar el Piamonte. Una vez en Tortona y tras esperar durante semanas una oportunidad, conseguiría con ayuda de unos buenos amigos atravesar sin incidentes los dominios del de Anjou y entregar finalmente en custodia el valioso libro al abad de Bileigh.

Ambos desconocían en esa noche los avatares que la fortuna les reservaba: cómo sufriría Roger Bacon por su empecinamiento y cómo, fuera de su alcance, se perdería durante siglos el libro que le habían encomendado entregar al guía de la cristiandad; la temprana y repentina muerte del Papa Clemente IV y el caos que le sucedió; las tensiones que agitaron la Iglesia católica durante años, huérfana de su guía espiritual; la general implantación de la inquisición en Europa.

El mundo entero pareció confabularse para que fuera imposible la recuperación del cuaderno.

Bacon moriría en Oxford veintiocho años después de entregar el libro a su discípulo sin llegar a recibir la orden de llevárselo al Papa. El preciado volumen nacido en los confines

de la cristiandad, permanecería perdido allá en Essex, oculto a los ojos de la humanidad durante más de doscientos años.

Hasta que volvió nuevamente a la luz acompañado de incendio y destrucción.



**PARTE II**  
**Postrimerías del siglo XX**



UNO DE LOS EXPERIMENTOS DE FÍSICA cuántica más desconcertante, es aquel en el que se dispara un único fotón a través de una lámina sobre la que se han abierto dos puertas por las que puede atravesarla. Tras el obstáculo, se encuentra una pared donde impactará la partícula indicando por cual de las dos aberturas pasó.

Al realizarlo por primera vez, los físicos constataron maravillados que tras lanzar uno tras otro el número suficiente de fotones, las huellas de los impactos sobre la pantalla indicadora dibujaban una sucesión de rayas verticales perfectamente definidas. Quedaba señalada además, una mayor incidencia de colisiones precisamente en el espacio ciego entre las dos aberturas.

Parecía como si cada una de las partículas hubiera atravesado simultáneamente las dos hendiduras hasta diseñar un patrón de difracción que sólo las ondas pueden crear.

Conscientes de lo imposible de la ubicuidad del fotón, dispusieron detectores en ambas puertas: así sabrían por qué abertura y en qué momento pasaba.

Comprobaron con sorpresa que cada partícula activaba solamente uno de los sensores, y sobre la pared indicadora se apreciaban únicamente dos focos de impacto. El diseño registrado entonces eran dos concentraciones de las señales dejadas por los fotones al otro lado de las puertas: cada partícula disparada, atravesaba la pared por una de las hendiduras y dejaba nítidamente registrado su impacto frente a ella.

Pero tan pronto desconectaban los detectores, se repetía el misterio: parecía como si los corpúsculos pudieran franquear el obstáculo por las dos puertas a un tiempo cuando nadie los observaba. Y por contra, se mostraran incapaces de realizarlo cuando eran controlados por el experimentador.

Perplejos, incapaces de justificar tamaña incógnita a la luz de las leyes físicas conocidas, los sabios decidieron que los fotones eran a la vez partículas y ondas, o al menos se comportaban como si lo fueran.

Lo que no han sido capaces de explicar aún, es cómo y por qué interfiere el espectador en el experimento.

Sólo en un punto están de acuerdo todos los expertos en física cuántica: en que desconocemos la ley fundamental del universo, aquella que unifique la ley de la gravedad y los misterios del átomo, la que concilie física y metafísica. La explicación tantas veces expuesta a lo largo de la historia y que siempre nos hemos negado a aceptar.

## LOS OJOS

PROCEDENTE DEL CASCO VIEJO, con el paso elástico que delata a los deportistas habituales, el paseante cruzó la calle, solitaria a esas horas de la madrugada, y se dirigió hacia el puente de San Antón, el mismo que aparece en el escudo de la Villa de Bilbao.

En el puente, a mitad del recorrido, se detuvo un momento y apoyándose en el balaustre bajo la luz naranja de las farolas, observó las turbias aguas del Ibaizabal. Turbulentas y plagadas de pequeños remolinos, indicaban la subida de la marea y mostraban el eterno combate del mar forcejeando por penetrar la tierra y las aguas del Ibaizabal y el Nervión que trataban de impedirsele.

Elevando ligeramente la cabeza, el hombre observó brevemente la iglesia y el mercado vecino dejados atrás y volvió su mirada hacia el puente que, iluminado desde abajo, resistía con sus tajamares el embate encontrado de las aguas doradas bajo la luz artificial que ocultaba a los ojos del observador el cieno y la suciedad.

Siempre le habían atraído, casi fascinado, los puentes.

Y esta ciudad, a la que llegó hacía ya quizás demasiado tiempo, le había ofrecido además de su hospitalidad, sus puentes.

Bilbao siempre fue una ciudad dividida y unida simultáneamente por la Ría, como siempre llamaron los bilbaínos al Nervión-Ibaizabal a su paso por la villa. Pero paradójicamente, al dividirla se constituyó en su esencia y razón de ser. La arteria por la que penetró la sangre vivificante que amamantó la pequeña puebla de comerciantes: inicialmente primer contacto con el mar para los productos del interior, luego abrigo para los pesados mercantes a vela, puerto y aduana de mercancías europeas más tarde. Pórtico abierto al mundo, por donde penetró el espíritu comercial y emprendedor que impregnó a sus gentes.

Más tarde fue Bilbao emporio burgués y neocapitalista, con su incontrolada industrialización. Momento álgido de su minería, industria y comercio.

Monstruo que devoró cuanto estaba a su alcance. Desertizó pueblos, arrasó bosques, devoró montañas enteras de mineral y roca. Agostó a sus gentes hacinándolas en barracones y poblachos controlados de manera absoluta por las compañías mineras y siderúrgicas que los construyeron. Ávidas de mano de obra barata y dócil, importaron miles de hombres y mujeres necesitados de toda la península, como si de pura mercancía se tratara y buscaron hacer una inmensa fábrica de la ciudad y sus alrededores.

Y fue esto precisamente lo que, en vez de destruirla, modeló el espíritu que aún caracteriza esta villa. Junto a todo aquel ganado humano llegó la conciencia social, el movimiento obrero, la agitación civil que convulsionó y aún motiva a sus moradores.

Introdujo un variopinto componente multiracial, mesetario, oscuro y seco en sus reivindicaciones, dentro de la cultura cosmopolita del Bilbao comerciante y marinero. Forjados en el férreo yunque de la ciudad que les acogió, en la que era una próspera ciudad de provincias, crearon la conciencia de ser capital apátrida del mundo. Se preñaron sus entrañas tanto de ricachones encumbrados que gestionaban sus gran-

des negocios en Madrid como de escritores concienciados ple-tóricos de esnobismo, de comerciantes viajeros e inspirados industriales que recorrían toda Europa trayendo costumbres y tecnología, de visionarios creadores de futuros inciertos, de obreros cultos, criminales sin patria, comerciantes honrados, putas de mil razas, trabajadores serios y empresarios consecuentes, homosexuales orgullosos, niños, curas, píca-ros, maestros y yonquis.

Todos ellos formaban la oscura ciudad donde había encontrado el respiro y el aislamiento que necesitaba. Una ciudad mundana y abierta que se resistía a dejar su corazón rural y aldeano, nacido entre los montes que la circundaban.

Una ciudad con estética de cine negro americano —con-taminada y sucia, lluviosa de piel cetrina— amante morbosa de cuantos la habitan. Una cárcava entre montañas plena de cuevas y recodos escondidos donde nadie es diferente, por-que todos los que se encuentran en ella son conscientes de su propia e individual disparidad. Una ciudad a la que aquello que debería estrangularla y degradarla le da la vida y energía. Lo que la envenena, le da la esencia necesaria para continuar viva, para sobreponerse a los siglos.

Como él mismo.

Se sentía identificado con esta ciudad desde la primera vez que pisó sus calles y se perdió entre sus oscuros cantones, sus pendientes y recovecos.

Su diferencia era a la vez su fuerza y su tortura. Aquello que le permitía vivir y tener una conciencia plena de todo cuanto era el mundo y quienes lo habitaban, le separaba del resto. Le mantenía día a día, segundo a segundo, consciente de su propia anomalía, de su singularidad en el universo. Incapaz de sentirse en ninguna parte un miembro más de la comunidad, de cualquier comunidad.

Por eso había llegado si no a amar, sí a sentir un cálido afecto filial por esta villa lóbrega, de trazado inextricable y cli-ma brumoso y húmedo.

Y además tenía sus puentes, diez, doce, todos diferen-tes, todos iguales. De hierro, hormigón, cristal o piedra. Hasta

dos puentes móviles tenía Bilbao. Y todos ellos eran reflejo de un mismo sentir: el empeño de la humanidad por unir lo que la naturaleza había decidido separar, el reflejo de la obcecación humana.

La Villa misma nació sobre un puente según las crónicas. Este sobre el que se encontraba. Mejor dicho, su primer antecesor, construido allí donde por vez primera desde el mar se podía cruzar el Ibaizabal. El «Río ancho» como pomposamente lo bautizaron los vizcaínos, gente extraña de extraños principios, guardianes belicosos de su honor.

Honor cuyo concepto ni aún ellos mismos sabrían definir, pero que desde que por primera vez tuvieron conciencia de ser, se dedicaron a cultivar con dedicación oriental.

Villanos de una tierra pobre, montañosa y húmeda, que cultivaron sentimientos universales en su perpetuo *sirimiri*. Esa fina llovizna insidiosa y fría, constante, que diluye las formas y siluetas de sus lóbregos edificios y que los bilbaínos aprecian cuando falta tanto como reniegan de ella cuando cae.

Así veía la ciudad: una urbe obrera con pretensiones de grandeza, que cubría con su manto gris a todos aquellos que llegaban en busca de la paz que en sus tierras no encontraron o el pan que se les negó allá donde crecieron.

Pero también representaban una promesa, la recreación material de un sueño, el símbolo de un posible nexo de unión entre dos naturalezas diferentes: el marinero y el comerciante, sus dos márgenes, la mar y la montaña, el fuego de sus hornos y el hierro de su tierra.

Y Bilbao era claro exponente de este sentimiento, hacía ya más de setecientos años (mil según algún historiador local) que los comerciantes locales decidieron construir un puente sobre el último vado antes de llegar a la mar. Para ello se sirvieron como apoyo de una piedra blanquecina que apenas sobresalía en marea alta de entre el fango de las orillas. Y allí mismo, donde él se encontraba —en Atxuri, o «Arri Txuri» como la bautizaron— edificaron el puente fortificado que con sus aranceles y gabelas fue arteria generatriz de la puebla.

Siempre le resultó chocante los esfuerzos enconados de

la humanidad por rectificar a la Naturaleza. Si encontraba un humedal lo desecaba, si una montaña, la horadaba o hendía. ¿Para qué? ¿No bastaba con sortearla? ¿Por qué no se conformaba el hombre con servirse de la naturaleza y utilizar todo aquello que graciosamente le brindaba? ¿Por qué debía derrotarla y humillarla? ¿Qué le causaba tanto miedo? ¿Cómo podía ser tan ciego?

Abstraído en sus pensamientos, se separó del murete de piedra y continuó su camino.

Con largas zancadas, atravesó el puente vacío. Cualquier fin de semana a esas horas, el puente estaría lleno de jóvenes cruzándolo en ambos sentidos. Yendo de los bares de Bilbao La Vieja al Casco Viejo y viceversa, preñando la espaciosa soledad de voces juveniles alegres y destempladas. Pero un día de labor y a esa hora, estaba totalmente desierto. Se podían oír a distancia las suaves pisadas de su calzado deportivo mientras ideas y preguntas fluían sin control por su mente, tumultuosas como las aguas sobre las que caminaba.

Frente a él, las casas más antiguas de Bilbao aún en pie, se asomaban a las turbias aguas inmutables en los siglos. Casas erigidas alrededor de la torre armada que vigilaba el puente e iglesia de San Antón. Construidas por los primeros villanos que asistieron —a veces como espectadores, otras como actores— a enconadas luchas de banderizos, furiosas huelgas de obreros y apasionados idilios de marineros y meretrices.

La calle que tras ellas ascendía hacia Las Cortes —el barrio canalla de la ciudad— adquiriría una elevada pendiente para poder alcanzar la altura de San Francisco.

Tanta era la pendiente y tan corto el recorrido, que los sucesivos arreglos de la estrada, su acondicionamiento posterior al tráfico rodado y las consecutivas capas de asfalto extendidas una sobre otra por toda la calle, hacían que a tramos los estrechos portales de los habitáculos que la flanqueaban (hacía ya mucho tiempo que perdieron el calificativo de viviendas) quedaran por debajo de su nivel, manteniendo un penoso acceso y creando estrechos pasajes donde se acumulaban desperdicios y suciedad.

En uno de estos portales, sentada en el suelo y con la espalda contra la pared, una figura macilenta temblaba a pesar de la tibia noche, aterida por un feroz frío interior: Jacinto, yonqui veterano, blasfemaba y maldecía entre escalofríos al grupo de camellos nigerianos que hacía ya varias horas, le había arrojado con cajas destempladas del primer piso del inmueble bajo el que se encontraba.

Simplemente estaba allí, sin ningún objetivo definido. Sin ánimos en su torturado interior para intentar el menor movimiento. Hasta que no amaneciera, era difícil que alguno de «esos negros» volviera y lo echara del portal (no querían que sus clientes se quedaran por allí, eso «cantaba mucho» y era contraproducente para el negocio). Quienes venían a comprar debían adquirir su papelina, pagar lo indicado y marchar lo antes posible a chutarse la vena lejos, cuanto más lejos mejor, donde no llamaran la atención hacia el centro de sus negocios.

De manera que mientras tanto, lo mismo le daba quedarse donde estaba que marchar calle arriba hacia la calle de las Cortes; y de momento no tenía ganas de moverse. Tenía la boca seca y le dolía todo el cuerpo. Sabía que pronto llegaría el mono con toda su dureza y dolor y casi lo deseaba, cualquier cosa mejor que el estado de semilucidez en el que se encontraba.

La última dosis comenzaba a dejar de hacer efecto y a ratos era consciente de la agonía de los últimos quince años. Viviendo —si eso era vivir— exclusivamente para la droga. Dejando atrás familia y colegas, compañeros y amigos, a todos salvo a aquellos que le acompañaron durante un tiempo en su viaje al infierno.

Pero ahora estaba solo. Todos fueron palmando: unos del sida, otros por meterse mierda en la vena, otros porque sí y alguno (estaba convencido de ello) sólo por joder.

El caso era que ya sólo quedaba él, Jacinto El Taco, y no quería pensar en quién o qué era. En qué se había convertido Jaci, el más cachondo de Barrencalle, al que todos buscaban para pasar una noche loca y mágica. ¿Cuándo habían dejado de buscarle? ¿Cuál fue la primera vez que tomó conciencia de que sus compañeros de juerga le esquivaban?

Aquellos que antes reían sus siempre simpáticas bromas, sus comentarios agudos, comenzaron poco a poco a apartarse de él. Primero dejaron de buscar su compañía. Más tarde a darle esquinazo cuando por azar o rutina, se encontraban tomando un trago en el Bigarrena o el Ormaetxe. Al final, despiadadamente, con cruel sarcasmo, echándole de su lado entre insultos e imprecaciones cuando se cruzaban en algún cantón del Casco.

Hasta llegar a esto: tirado a menos de quinientos metros de la casa donde nació, a medio kilómetro de donde murió primero el *aita* y más tarde la *ama* consumida por la pena.

Mejor acabar de una vez. La ría estaba cerca, bien lo sabía; más de una vez se había quedado absorto mirando cómo corría el agua, pensando en qué se sentiría en el momento de hundirse y notar cómo el agua sucia y fría inundaba los pulmones.

Pero siempre se rajó. En el último momento tenía miedo y retrocedía. Porque él no era como la Loli, con la que alguna vez compartió pico a cambio de un polvo furtivo y amable en el vecino muelle de la Naja. La Loli estaba loca y nunca razonó bien. Estaba seguro de que incluso antes de picarse ya tenía que estar zumbada.

De todas maneras decidió bajar hacia el muelle para ver el agua, eso a veces le relajaba un poco y le hacía sentirse mejor.

Se levantó tambaleante y comenzó a descender la calle. Apenas había doblado la esquina cuando observó que alguien había tenido su misma idea: un hombre de edad incierta (quizás treinta y pico años) se encontraba reclinado contra los muros de piedra del puente.

Antes de que pudiera advertir su presencia, Jacinto retrocedió dos pasos hasta quedar oculto en las sombras de un portal y decidió esperar. Su forma física no era muy buena, de manera que si el tipo giraba hacia la izquierda y se desviaba hacia el barrio de Urazurrutia, pues mejor para él. Pero si seguía por la misma acera tendría que pasar obligatoriamente por delante de su escondite y entonces quizás pudiera meterse un pico antes de que volvieran los recuerdos de una vida anterior libre del demonio de la heroína y la degradación.

Pronto vio al transeúnte alcanzar la posición en la que se encontraba.

Se recolocó su mugrienta sudadera. Con su mano derecha empuñando en el bolsillo la navaja de mariposa que siempre portaba, dio un paso hacia delante e interceptó a su víctima.

—Buenas noches tío, ¿me puedes dar algo?

La mirada del transeúnte apenas se detuvo un instante en sus ojos e intentó continuar su camino contestando con un lacónico:

—No, lo siento.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jacinto cuando cruzaron las miradas, pero no estaba dispuesto a dejarle marchar así como así.

Avanzó un paso mientras sacaba la navaja del bolsillo, y desplegando torpemente el turbio acero, le increpó:

—Pues ahora sí que lo vas a sentir. Ahora, por hijo puta, me vas a dar to...

Las palabras se quedaron congeladas en su boca.

Apenas había tomado la decisión de extraer la navaja del bolsillo cuando el tipo se volvió hacia Jacinto y, levantando una mano, la dirigió hacia él mientras cerraba crispados los dedos. Estrangulaba el aire frente a él e incomprensiblemente, también su garganta y ánimo.

Exactamente era eso lo que sentía: como si unas manos invisibles le ahogaran cortándole la respiración mientras otras, más sutiles e infinitamente más frías e insidiosas, le oprimían el corazón hasta el punto de parecer que iba a estallarle.

Sus dedos, flojos e incapaces de mantenerse cerrados, dejaron caer inerte la navaja al suelo con un sordo sonido metálico. Durante un instante permaneció inmóvil, incapaz de nada que no fuera asomarse al ignoto vacío de los ojos de su antagonista y boquear inútilmente en busca de un pequeño soplo de aire.

Su aturdido cerebro no era capaz de comprender lo que sucedía. El individuo se encontraba apenas a un metro de él. Sin rozarle siquiera. Inmóvil, aparentemente tranquilo. Pero

su mano extendida le cortaba la respiración, como si le introdujera en la boca un puñado de gélida estopa.

Eliminada totalmente su capacidad de reacción, se recostó desmadejado sobre la pared cubierta de orines y suciedad. Al desfallecer, notó cómo pensamientos extraños se abrían paso en el interior de su cabeza.

Alguna otra vez, en la modorra de la droga, había sufrido alguna sensación lejanamente parecida a la que sentía en esos momentos: como si otra persona totalmente ajena estuviera dentro de su cabeza, instándole a actos indeseados. En el psicodélico sopor, su personalidad se desdoblaba una y otra vez, apareciéndosele los diferentes Jacintos que fueron a lo largo de su agitada vida.

Pero ahora era distinto, sutilmente diferente.

Un ente extraño, totalmente ajeno, penetraba en su mente como un bisturí en la mesa de disección corta el cadáver. Con la misma frialdad con que el cirujano separa la piel de los músculos en el cuerpo muerto y aparta los cartílagos y tendones hasta alcanzar la víscera que pretende, esa entidad intrusa se introducía en sus nervios y estudiaba cada uno de los impulsos eléctricos que generaban. Los observaba con displicente atención, ponderaba sus cualidades apartando unos y dejando correr poseídos por el terror a otros. Los tocaba con dedos de cristal helado y finalmente los dejaba de nuevo libres al pánico de un cerebro incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo. Cada una de sus neuronas se revelaba horrorizada ante tan íntima violación. Sus sensaciones galopaban desbocadas en un cosmos negro, sin estrellas, infinito y tenebroso.

Mientras todo esto ocurría en apenas un instante, Taco, angustiado, intentaba, agitando ante sí ambas manos, liberarse inútilmente del dogal invisible que le impedía respirar. En el cuello comenzó a mostrar las sangrientas laceraciones que sus uñas mugrientas abrían intentando conseguir una bocanada de aire.

Incapaz del mínimo control sobre sus músculos, sus esfínteres evacuaron los hediondos contenidos de su cuerpo degradado.

Jadeante, pisando entre excrementos la navaja caída, consiguió con un agónico esfuerzo enfocar los ojos, e intentó centrar su mirada directamente en la cara de quien tenía enfrente, convencido de ser lo último que viera.

Apenas podía mantenerse consciente. Le flaqueaban las piernas y la vista se le iba nublando cada vez más. Quizás por ello no podía hacerse una imagen clara de quien le quitaba el aliento. Apenas una mancha oscura, difuminada sobre las otras sombras de la lóbrega calle. Una borrosa silueta bidimensional de contornos indefinidos. La imagen distorsionada de lo que debería ser un hombre y que apenas llegaba a ser esbozo de un ser humano.

Solamente podía fijar la mirada sobre los ojos que le observaban, brillantes y transparentes como de cuarzo negro, calmos, con aquella extraña luz al fondo.

Atontado y a punto de perder el conocimiento, pensó con irónica lucidez que aquellos ojos eran como esas lámparas negras que ponen en todos los bares modernos: no dan suficiente luz como para apreciar los detalles de las cosas, pero te permiten ver brillos que nunca antes habías visto.

Al desvanecerse, rotas ya sus débiles defensas y sin poder apartar la vista de aquellas fascinantes ascuas negras, le pareció percibir algo aún más extraño: muy dentro, en el fondo de esos hipnóticos ojos, apenas adivinada entre las brumas que le velaban la vista, creyó ver compasión.

**PARTE III**  
**Siglo XXI**



## 1

## SAQUEADOR

PARA JULIÁN SUÁREZ PECA, albañil —aunque él prefería autodenominarse «contratista de obras»—, su ocupación tenía diferentes posibilidades de negocio. Muy variadas y bastante rentables todas ellas.

En principio, su propio trabajo, que si bien era cierto que cada vez le resultaba más pesado y menos rentable, le permitía acceder a sus otros ingresos.

Disponía además, como ayudas para redondear el presupuesto, por un lado el descuento que obtenía de los almacenes sobre los materiales empleados en las obras —que sumaba al margen de beneficios, calculado lógicamente sobre el precio tarifa de aquellos—. Por otra parte su comisión en las facturas de los diferentes gremios que subcontractaba a otros pequeños autónomos (verdaderamente la parte del león en toda obra por pequeña que fuese). Y como complemento, la pequeña ganancia que le dejaba su *hobby* y que procuraba mantener en estricto secreto «para no levantar la liebre»: la mitad de lo que conseguía su tío Aurelio en Bilbao por la venta de los muebles viejos y objetos raros que «distrería» en las

obras y chapuzas que realizaba por todo Toledo y sus alrededores.

Cada vez que le encargaban alguna reforma dentro del recinto histórico de la ciudad, pensaba en su tío y un alegre cosquilleo recorría sus manos. En todas las viejas casas de la ciudad existían trasteros, buhardillas o sótanos, muchas veces desconocidos por los propios inquilinos, que guardaban en sus oscuros interiores miles de pequeños tesoros. Tesoros que Julián sabía aprovechar para añadir unos beneficios extra a su empresa personal.

Dinero limpio, sin gastos, no reflejado en los presupuestos y totalmente opaco para Hacienda (circunstancia por otra parte común al resto de sus ingresos, si bien esto no impedía que siempre que encontrara un oyente dispuesto, despotricara sobre «la presión fiscal a la que estaban sometidos los pequeños empresarios en este jodido país, que ahogaba la iniciativa privada y obligaba a los autónomos como él a tener que trabajar con dinero negro si querían llegar a fin de mes»).

En muchas de sus obras se encontraba con pequeños objetos caprichosos y muebles viejos, las más de las veces olvidados por sus dueños, que su tío de Bilbao le agradecía sobremanera cuando se los enviaba. A cambio, Julián recibía un 50% del precio de venta. O al menos eso le aseguraba su pariente, aunque Julián estaba convencido de que nunca llegó a cobrar más de una cuarta parte.

El producto de sus expolios era un beneficio añadido, «para gastos», como a Julián le gustaba pensar, que hacía más ameno y divertido su trabajo.

La fórmula más habitual para estos «incentivos» solía ser «limpiar bien» la casa tras la obra y desescombro. Las pocas veces que al terminar las obras le habían interrogado sobre algún cachivache desaparecido, siempre respondió con aire ofendido que no lo había visto en su vida, o en el mejor de los casos que habría ido a parar a la escombrera con el resto de basura y cascotes de la obra.

Solamente una vez se vio en un apuro en sus actividades paralelas, al poco de comenzar la relación comercial con su tío

y debido a un error de tasación dada su poca experiencia en el tema: durante una de sus «chapuzas» decidió cargar con un pesado marco de latón que portaba un, a su gusto, pésimo óleo de Cristo crucificado. Estaba colgado en el dormitorio de una abuela recientemente fallecida.

Le habían encargado una reforma general en el piso de la anciana, y aprovechando que debían vaciar la vivienda, supuso erróneamente que nadie echaría en falta el pequeño esperpento.

Para su desgracia uno de los nietos de la finada conocía la existencia del cuadro, pintado para fatalidad de Julián por un desconocido alumno de El Greco.

Tuvo que «rescatar de la escombrera» con la máxima urgencia el lienzo, entre ofendidas exclamaciones de integridad profesional y honradez personal, mientras le acusaban de robo y amenazaban con denunciarle.

Además, se vio obligado a abandonar la obra a medio realizar, aunque esto fue lo que menos le importó. A fin de cuentas ya había cobrado, y con creces, todos los materiales empleados y las horas invertidas.

Por fortuna para Julián, aquel embarazoso suceso finalizó sin más consecuencias. Pero a raíz del incidente decidió no volver jamás a tocar un solo cuadro. De hecho, aún le desasosegaba ver cualquier representación pictórica en las paredes de las casas a las que le llamaban y procuraba que sus clientes vieran con qué delicado esmero trataba estos objetos con el fin de que no resultaran dañados durante las obras. Insistía en que los propietarios debían ser más cuidadosos con las obras de arte (aunque se tratara de una simple lámina de calendario enmarcada) y se exculpaba por anticipado de cualquier posible daño que pudieran sufrir durante las obras.

De manera que desde entonces, se limitaba a recolectar pequeños muebles cuya desaparición pudiera justificarse fácilmente y los pequeños objetos que se pierden en todas las casas cuando hay obras.

En aquella fría mañana de diciembre se dirigía hacia el corazón del recinto histórico de la ciudad. Le habían encarga-

do arreglar el tejado de una casa antigua, en una de sus calles abalconadas al Tajo.

Como todas las reformas dentro de la parte vieja, era un trabajo delicado. Exigían centenares de autorizaciones y certificados de calidad, de manera que la única salida posible para un pobre y honrado autónomo como él era no solicitar ningún permiso de obras. De esa manera se ahorra papeleo, cobraba en dinero negro y podía decirle al cliente que le hacía ahorrar un montón de dinero.

Además, la casa estaba deshabitada. El inquilino, un anciano algo excéntrico que vivía solo, había muerto en el extranjero, donde solía viajar con cierta asiduidad. El propietario del inmueble, al que un vecino había indicado que se apreciaban varias tejas movidas y rotas en la cubierta, visitó la casa al fallecer su inquilino detectando una gran mancha de humedad en el piso superior. Su interés era solamente mantenerla en pie entretanto la vendía o alquilaba de nuevo, de manera que había acordado con Julián encontrarse en la casa dentro de una hora. Tiempo que Julián esperaba aprovechar de la manera más rentable para sus intereses.

La ausencia del inquilino era otra ventaja añadida a este trabajo. Julián prefería no tener a ninguna «María» fiscalizando su trabajo, comprobando si ese azulejo estaba torcido o si le olía el aliento a anís tras la paradita del bocadillo.

Entretanto había alcanzado ya la dirección que buscaba. Con las llaves proporcionadas por el propietario en su primera cita, abrió la puerta de la casa y tras localizar el cuadro de luces, accionó el interruptor general para poder utilizar la iluminación propia de la casa.

Recorrió con ojo profesional todas las estancias de la diminuta casucha, para terminar subiendo al camarote que daba acceso al tejado.

Sus ilusionadas expectativas de descubrir algo que pudiera interesar a su tío Aurelio fueron desapareciendo según inspeccionaba las espartanas habitaciones. Paredes sin adornos, cubiertas por un ajado papel estampado con flores en otro tiempo de vivos colores y ahora desvaídas por la humedad. Muebles decrepitos que no servían ya ni como

combustible para una hoguera, devorados como estaban por la carcoma. Ni un solo objeto decorativo fuera de un sucio frutero de cristal que contenía dos minúsculos lápices con sus extremos masticados, y un mechero sin gas, según constató con amargura.

Desalentado, se dirigió hacia las escaleras de madera que facilitaban la subida al desván y estudió con aprensión cada peldaño en busca de rastros de carcoma. Por suerte (ya estaba temiendo encontrarse con vigas y solivas destruidas, que supondrían la obligación de sustituir todo el tejado y por consiguiente la pérdida de la obra), la estructura del inmueble era de sólido roble castellano, inatacable para los insectos.

Más tranquilo, continuó la ascensión hasta alcanzar la trampilla que se encontraba al final de las escaleras. Al no tener la llave que la abría, se decidió por la solución más simple: utilizando la piqueta que siempre le acompañaba, la emprendió a golpes con el cerrojo hasta que consiguió tener el paso expedito.

Abriendo la angosta abertura, pasó cabeza y hombros al interior del oscuro altillo y encendiendo una linterna, examinó el recinto antes de decidirse a pasar el resto del cuerpo al otro lado. A la exigua luz de su linterna (tenía que acordarse de cambiar las pilas) recorrió con mirada de experto el bajo techo abuhardillado. Se abría al exterior a través de una pequeña lumbreira que mostraba sus cristales cubiertos con periódicos, como para evitar que el más mínimo rayo de luz se filtrara a su interior.

Uno de los papeles parcialmente desprendido mostraba la reciente caída de uno de los pequeños cristales que formaban la ventana y sus pedazos, rotos en el suelo, aclaraban el motivo de las humedades detectadas por el dueño de la casa tras las recientes lluvias.

Observó con precaución las desnudas paredes de vieja mampostería, recubiertas de añosas telarañas envueltas en un grueso sudario de polvo y el suelo sólido de vigas de roble, antes de decidirse a introducir el resto del cuerpo.

En cuclillas, evitando el polvo y los excrementos de rata, repasó nuevamente el habitáculo al que había accedido.

Estudiaba desolado el polvo, suciedad y restos de cajas de embalaje esparcidas por su superficie cuando un pequeño bulto en el rincón más alejado de la trampilla despertó su curiosidad.

Mientras se acercaba a gatas al punto donde se encontraba el objeto que había llamado su atención, observó extrañado que recorría una estrecha senda libre del omnipresente polvo que cubría toda la buhardilla. Aparentemente, el finado solía subir a menudo al altillo para inspeccionar los bártulos, cuales quiera que fueran, que se encontraban ocultos bajo la raída manta de arriero ante la que ya se encontraba. Lo que *a priori*, podía suponer que bajo la sucia tela se escondía algo de especial valor que su difunto propietario no quería que nadie viese.

Notando cómo su corazón aceleraba sus latidos espoleado por el interés, levantó con cuidado la cubierta y descubrió una vetusta maleta de cartón rojo con cantoneras de latón. De pequeño tamaño, estaba limpia y cuidada, como si algún niño la hubiera dejado allí esa misma mañana para recogerla después de haber jugado con sus amigos.

Tras un examen somero y haber comprobado que nada más se ocultaba bajo la manta, Julián manipuló con cuidado la pequeña cerradura, pero esta resistió todos sus intentos por desvelar el secreto que guardaba.

Consciente de que el propietario de la casa podía llegar en cualquier momento, decidió posponer la apertura para cuando pudiera hacerlo con más tiempo sin dañar la maleta, que suponía que podía contener algunos objetos susceptibles de interesar a su tío.

Volvió la manta a su posición original y amontonó encima los restos de madera y cartones que se encontraban diseminados por la pieza; primero con cuidado, protegiendo el bulto, luego como con descuido, dando al conjunto un aspecto casual.

Comprobó satisfecho su obra y se dirigió, sin preocuparse de las huellas que iba dejando, hacia el estrecho y velado ventanuco que se abría hacia al exterior dando acceso al tejado.

Aquel incidente con la imagen del Cristo en sus comienzos había vuelto precavido a Julián con sus rapiñas, de manera que alzando los postigos salió al tejado y avanzó con sumo cuidado para no mover ninguna teja hasta alcanzar el punto de la cubierta bajo la que se encontraba el bulto que antes había preparado, algo alejado de las tejas movidas detectadas por el vecino, que cuidó de reponer en su posición correcta.

Con meticuloso esmero apartó dos tejas y de un golpe seco con el mango de su piqueta rompió dos más, guardándose en los bolsillos de su guardapolvo los pedazos de mayor tamaño.

Acto seguido apoyó con sumo cuidado el tacón de su bota sobre el cañizo enyesado que formaba el soporte de las viejas tejas árabes ahora al aire, y bruscamente dejó caer todo su peso sobre el estrecho apoyo. Al tercer intento notó como cedía la frágil estructura, y miró a través del hueco por si sus cálculos de las distancias no fueran correctos: constató con satisfacción que desde su posición se podía ver parte del camuflaje que había dispuesto sobre la maleta.

Complacido, retornó al interior de la casa, moviéndose con cautela para no dejar ningún indicio de que nadie hubiera estado caminando sobre el tejado.

Una vez sobre el piso del desván, acabó su obra tirando del cedido techo hasta que un pequeño rayo de luz traspasó la polvorienta penumbra. Con un puñado de polvo y algo de saliva, cuidó de ensuciar las cañas rotas que demostraran demasiado reciente el desaguisado y recorrió todo el piso rompiendo la uniforme capa de polvo, hasta hacer desaparecer cualquier indicio del sendero que el anciano fallecido había ido marcando durante sus visitas al trastero.

Una vez finalizadas todas sus artimañas, observó con ojo crítico la puesta en escena. Nada parecía delatar sus manipulaciones. Satisfecho del trabajo realizado, decidió bajar a lavarse las manos convencido de tener una coartada casi perfecta para hacerse con la maleta y su contenido.

Cuando llegó el dueño cinco minutos más tarde —un hombrecillo pulcro vestido impecablemente de gris con un

pequeño bigote del mismo color ceniza que su abrigo cuidadosamente recortado—, se encontró con Julián, fumando circunspecto en la cocina de la casa su enésimo *chester* del día.

El albañil le saludó engolando ligeramente la voz, con lo que él consideraba voz de empresario:

—Buenos días, don Armando.

—Buenos días, Julián —le respondió con la mano aún en la puerta—. ¿Ya aquí? ¡Qué madrugador...! —ironizó—. ¿Has mirado ya el tejado?

—Sí, y no es mucho, una ventana rota y un pequeño agujero en el cañizo del techo. Nada importante, en un par de días está todo arreglado. Si no llueve, claro —puntualizó.

Don Armando, inquieto, le preguntó:

—¿Dices que está roto el tejado?

—Es lo de siempre —le quiso tranquilizar Julián—. Los grajos y las palomas te hacen los nidos bajo las tejas, las levantan, y con el otoño que estamos teniendo, con tantas lluvias, el agua reblandece el yeso hasta que al fin cede. Pero no se preocupe, yo le arreglo la ventana, el roto, y le recoloco las tejas movidas. Ya le digo, en un par de días tiene el tejado como nuevo. De todas maneras si quiere, acompáñeme arriba y lo ve usted mismo. Sígame.

Mientras hablaba se levantó y comenzó a subir las empinadas escaleras hacia el desván

—Ya verá usted que no es nada —continuó su ensayado discurso según ascendían—. Pero como no se haga algo, el próximo día de tormenta se le viene abajo el techo de la habitación, que ya sabe usted que el agua todo lo que toca se lo carga y esta casa es ya muy vieja y lo que necesitaría es una reforma de verdad saneando paredes y pisos.

Una vez alcanzadas las desgastadas escalerillas de acceso a la trampa, Julián cedió el paso a su interlocutor para que inspeccionara el campo de trabajo.

El pobre don Armando, a la vista del polvo, telarañas y suciedad que Julián se había cuidado de disponer en su paso, apenas asomó la cabeza dentro de la estancia. Observó el cristal roto y el rayo de luz que iluminaba los escombros del rincón y se mostró más que dispuesto a aceptar las explicaciones de

Julián con tal de no tener que asomar su delicada testa dentro de tan sucio habitáculo.

—¿Se ha dado cuenta? —le interrogó Julián—. No es mucho, pero no se puede dejar así; eso está claro.

—Claro, claro —murmuró el hombrecillo—. Pero la ventana no hace falta cambiar. Con sustituir el cristal roto servirá. —Su aprensión no le impedía medir cuidadosamente el dinero que debía gastar, y no estaba dispuesto a invertir más de lo estrictamente necesario para el arreglo de la casa—. Y lo tienes que tener acabado para este jueves, que vienen a ver la casa los nuevos inquilinos —apostilló.

Julián, satisfecho de cómo se iban desarrollando los acontecimientos, renunció a su inicial intención de presionar un poco para intentar aumentar su minuta, no fuera que ante un aumento de gastos, don Armando decidiera inspeccionar con más detenimiento los daños del tejado y descubriera sus argucias.

—No se preocupe don Armando, esta mañana empiezo con la chapuza y para el miércoles ya lo tiene usted acabado. Además y por el mismo precio le vamos a limpiar toda la porquería que tiene ahí, por si los nuevos quieren utilizarlo como camarote. Lo único que le tendré que cobrar el pestillo de la trampilla, que hay que ponerlo nuevo, y la escombrera donde arrojar los cascotes. El porte ya se lo hago yo gratis.

—Deja el pestillo tranquilo que no sirve para nada, si quieren que lo pongan ellos —le contestó. Bastante tenía él con mantener sus propiedades en uso como para ponerse a realizar gastos suntuarios—. Y del desescombros olvídate de cobrar nada, que ya lo cobras, y muy bien cobrado, en las chapuzas que haces.

Llegaron hasta la puerta y ya en la calle se despidieron:

—No olvides que como no esté el jueves no cobras ni un céntimo —le amenazó.

—Don Armando, cómo puede usted dudar de mi palabra —se ofendió Julián—. Si yo le digo que el miércoles está acabado, es que el miércoles lo tiene usted en perfecto estado de revista. A mí jamás me han podido llamar la atención en ningún trabajo.

—Sí, claro, por que te escapabas antes de que te pillen. —El propietario sonreía mientras le miraba, aunque solamente con la parte derecha de la boca, como observaba para sus adentros con resquemor el albañil—. Venga Julián, que nos conocemos de hace años... —terminó.

Sin otra despedida, se separaron albañil y propietario.

Mientras descendía Julián hacia la zona nueva, alejándose de su contratador y de la maleta, blasfemaba en silencio agraviado por el desprecio mostrado por ese vejstorio. Bueno, ya se encargaría él de hacérselo pagar de una manera u otra. Además tenía la maleta y ¡quién sabía! quizás contuviera algún pequeño tesoro que le compensara de los ultrajes del ruin de don Armando.

El miedo a que una nueva inspección más minuciosa descubriera la maleta hizo que esa misma mañana, poco más de hora y media después de su entrevista con el menguado usurero, Julián aparcara su pequeña furgoneta frente al portalón de entrada a la casa. Descargó en primer lugar los sacos para el escombros y poco a poco fue introduciendo en la casa yeso, estopa, capazos y herramienta hasta vaciar el vehículo.

Tan pronto hubo dispuesto el escenario, subió con prisa las escaleras hasta el desván. Todo estaba tal y como lo había dejado. La descerrajada portezuela caída entre el polvo y al fondo, inalterado, el bulto de cartones y suciedad que él mismo había acumulado apenas unas horas antes. Dejando escapar un suave suspiro se encaramó hacia el interior arrasando tras de sí varios sacos de grueso plástico.

Llegando al informe montón comenzó a liberar cuidadosamente su hallazgo.

En el saco mayor introdujo primero algunas maderas y cartones, luego la pequeña maleta tras envolverla en papeles de periódico. Colocó otras maderas en los lados para disimular su silueta y protegerla de posibles rasguños y entonces procedió a rellenar el saco con cascotes y trozos de teja. Acercó el saco al hueco de la escalera y retornando al mismo punto, mediante unos pocos golpes de su amada piqueta limpió los márgenes del roto que por la mañana había hecho en el tejado. Tras esos pequeños preliminares, arrancó los papeles

pegados a los cristales de la estrecha ventana, permitió que la luz del mediodía iluminara de nuevo la estancia y arrancó los trozos de cristal roto que aún permanecían fijados al marco de madera.

Después, procedió con meticulosidad a limpiar todo el camarote. Barrió el polvo, eliminó la mayor parte de las telarañas que lo invadía y colmó con la suciedad y los viejos cartones el resto de sacos que había subido.

Una vez adecentada la buhardilla, descendió cauto a la planta baja. Comprobó que a nadie parecían interesar sus manejes y comenzó a bajar los sacos repletos de mugre y cascotes dejándolos al pie de la furgoneta.

Cuando hubo bajado todos los sacos a la calle, los fue cargando distraídamente en la parte trasera de su furgoneta. Una vez todo dentro, cerró la puerta de la casa con llave y marchó hacia el barranco que le hacía las veces de escombrera gratuita.

Vació todas las bolsas y esparció su contenido sobre el seco lecho de un pequeño arrollo, que cuando las lluvias lo permitían vertía sus aguas al Tajo un poco más arriba de la ciudad. Depositando con cuidado su rapiña en el asiento del copiloto, fue plegando cuidadosamente todos los sacos de plástico con la intención de volver a utilizarlos en otra ocasión, fijó el fardo con un pequeño ramal de esparto y lo arrojó a la parte de atrás del vehículo. Cansado por el derroche de energía efectuado en una mañana, concluyó satisfecho que ya había trabajado suficiente en el primer día de obra, de manera que arrancó hacia su casa en la parte baja de la ciudad.

Una vez en su refugio, fue hasta la cocina y cómodamente sentado frente a la mesa de formica, bien acompañado por una botella de tinto joven de Méntrida, desembaló la valija de cartón rojo y procedió a estudiar la cerradura dorada. Se mantenía brillante, como muy usada. La estudió lamentando no disponer de la llave. Se vería obligado a forzar el cierre y eso supondría disminuir su valor.

Tras someterla a un concienzudo examen y convencido de no poder abrirla de otra manera, introdujo el filo de un pequeño formón entre los cierres hasta hacerlos saltar. Apenas

se resistió. Con satisfacción comprobó que solamente unos pequeños arañazos en el latón indicaban cómo la habían violentado.

Pero toda su ilusión y alegría se esfumó al mirar su contenido: para desolación de Julián, estaba llena de hojas arrancadas de un bloc cuadriculado de estudiante. Repletas de una escritura abigarrada realizada en bolígrafo azul, algunas mostraban el amarillear del tiempo, otras parecían escritas esa misma mañana.

Abatido ante una visión tan desoladora, con una blasfemia vació el contenido de la maleta sobre el contenedor de basura y la sacudió con rabia. Al caer los inútiles papeles esparciéndose por el suelo, apareció entre las hojas escritas un pequeño libro con ajadas tapas de cuero color miel. Se hallaba envuelto en un celofán transparente y sujeto con esmero por varias bandas elásticas para protegerlo de la humedad.

Al verlo, el corazón le dio un brinco. Quizás todos sus desvelos tuvieran aún la merecida recompensa. Con ansia se lanzó sobre él. Arrancó gomas y plástico y los arrojó al suelo.

Lleno de una ansiosa agitación, lo abrió con cuidado y ojeó su contenido, solamente para descubrir decepcionado que era el nuevo propietario de un manoseado cuadernillo escrito a mano en dos columnas. Y en latín, según parecía. Libro y maleta juntos no valían ni la décima parte de lo que le había costado el hacerse con ellos.

Solamente pensar que no había querido presionar al viejo en la obra para poder hacerse con tan mísero botín le producía una náusea en la boca del estómago.

Su tío Aurelio le había repetido en más de una ocasión que un libro antiguo sólo tenía valor si tenía «estampas» y se podía leer. Los libros viejos de iglesia no valían ni el papel en el que estaban escritos.

A los ojos de Julián, el libro que sostenía con desagrado entre sus manos era obviamente «de iglesia», ya que estaba escrito en latín. Y en una primera ojeada no se apreciaban ninguna fotografía ni grabado en su interior. Un libro escrito a mano, por viejo que fuera, no tenía ningún valor crematístico para la «empresa familiar» de tío y sobrino.

Tras su primer arrebató de desencanto y tres largos tragos de la botella de vino, decidió que más vale poco que nada. Levantándose fue hasta su dormitorio y extrajo de bajo la cama, la caja de cartón donde guardaba sus últimas rapiñas. Con profesional meticulosidad, las fue estibando dentro de la reducida maleta: unos extravagantes cubiertos de plata, dos candelabros y un pequeño trébede acompañado de un badil fueron a parar a su interior. Adjuntó el libro, rellenó cuantos huecos aparecían con periódicos arrugados para que los objetos empaquetados se dañasen lo mínimo posible durante el transporte, introdujo todo el conjunto dentro de una caja de grueso cartón y marchó hacia la oficina de Correos más cercana para enviárselo a su tío, confiando contra toda esperanza que alguno de los objetos tuviera algún valor para su pariente, y lo que era aún más improbable, que este se lo reconociera.



## 2

## FÉLIX

FÉLIX RECIÉN HABÍA CUMPLIDO los cuarenta y cinco años. Bajo, feo y fornido, compensaba su inquietante aspecto físico con una simpatía que apabullaba. Desmedidamente extrovertido, resultaba la más de las veces pesado y muchas insoportable.

Siempre con barba de varios días, «todo lo que me tape, me favorece» solía decir cuando le criticaban su desaliño, trabajaba en un taller mecánico de Santutxu, uno de los barrios jóvenes y populosos de Bilbao y vivía en la parte media de Zabaldide, a mitad de camino entre la calle que cedía su nombre al barrio y el Casco Viejo, el corazón de la villa: Siete Calles a orillas de la ría unidas entre sí mediante cantones, estrechas callejas que estructuraban y conformaban el núcleo original de la puebla marinera, dibujando un corazón de piedra y asfalto.

Su zona habitual de *poteo* (y ligue, si se podía) era el Casco Viejo, y hacia allí marchaba esa tarde fría y luminosa de febrero.

A paso vivo enfiló el callejón que le llevaba hacia las escaleras de Particular de Iturribide, y llegando a ellas comenzó

el descenso bajándolas de dos en dos como tenía costumbre. Al alcanzar el tercer tramo, se vio obligado a reducir la marcha ante los charcos de humedad y verdín que jalonaban los escalones. Sorteando las malolientes manchas y observando los verdes cortinajes de musgo y algas que surgían de las paredes que encajonaban las escaleras, intentó recordar desde cuándo adornaban las lúgubres escalinatas: a lo más que llegó fue a evocar los tiempos en que adolescente de apenas dieciséis años, utilizaba junto con su cuadrilla la oscuridad de aquellas mismas gradas para sus primeros escauceos amorosos; y no alcanzaba a recordar si por aquella época estaban ya tan sucias.

—Probablemente sí, aunque más secas. Si hubieran estado como ahora están de agua, no nos sentaríamos en el suelo —concluyó recuperando el paso rápido.

Si alguien se hubiera tomado alguna vez la molestia de estudiar psicológicamente a Félix, la primera conclusión a la que hubiera llegado —y muy rápidamente además— sería la de su práctica imposibilidad de mantener la atención centrada en una sola cuestión durante más de treinta segundos seguidos. La segunda sería que en el caso de que una idea consiguiera superar esta barrera, existía la seria posibilidad de que pasara a convertirse en convicción o incluso en monomanía. Y Félix era enormemente obsesivo con sus cosas. Fuera cual fuera el tema a tratar en sus conversaciones, el debate sólo podía ser de dos maneras: o bien saltaba de una idea a otra sin orden ni concierto, consiguiendo las más de las veces exasperar a su interlocutor, o bien transformaba la conversación en un monólogo monotemático en el que defendía con obcecación su particular punto de vista.

Para él, dialogar no era el que dos o más personas expusieran sus ideas para compararlas y enriquecerlas con las de los otros. Para Félix, hablar era, por el mero hecho de hacerlo, confrontación. Siempre una dura pugna con su oponente —que no interlocutor— por tener la última palabra. Ni tan siquiera importaba quién pudiera tener razón al final de la discusión, el objetivo de cualquier conversación era pura y

simplemente la controversia; compensaba su ignorancia y falta de argumentos con gritos y descalificaciones, y era capaz de convertir cualquier dialogo en una bronca mayúscula.

Poseía una personalidad plana, sin el menor asomo de doblez y a pesar de todo tenía un buen número de amigos que le apreciaban sinceramente, aunque ninguno de ellos alcanzara a comprender por qué le aguantaba sus impertinencias, palabrería vana y bromas a destiempo (en las que Félix era un verdadero experto).

Porque Félix sólo tenía un único y verdadero talento: el de caer bien.

Quizás debido a su absoluta falta de cualquier tipo de cinismo o hipocresía, conseguía meterse en el bolsillo a todos aquellos que habían tratado con él. Si bien todos cuantos le conocían le criticaban por su carácter atolondrado o su empecinamiento ante cualquier otra opinión diversa a la suya, a la larga se lo disculpaban todo, sin llegar a explicarse muy bien los motivos para hacerlo.

Nadie encontraba una razón para perdonarle el último exabrupto o la última vez que le estuvieron esperando en un bar durante dos horas sin que llegara, sin recibir al volver a verle una explicación mejor que un sonriente «perdona, se me olvidó». Pero, tarde o temprano todos lo hacían.

Félix jamás fue consciente de los sentimientos que despertaba. Para él el mundo era simple y colorido. Amigo incondicional de sus amigos y feroz enemigo de sus enemigos, jamás guardaba rencor. Era perfectamente capaz de acabar la noche bebiendo *gin-tonics* con quien había estado discutiendo a puñetazos a media tarde.

En resumidas cuentas, bajaba en esos momentos por las escaleras un individuo bronco, pendenciero, buena persona y feliz.

Al terminar las escaleras y alcanzar de nuevo la calle, por la que bajaban bulliciosos grupos de jóvenes de ambos sexos camino del Casco Viejo, observó con ojo crítico sus zapatos de piel color burdeos intentando descubrir algún resto de suciedad o barro que se hubiera podido quedar adherido

al paso por las escaleras. Escrutó después los bajos de su pantalón, de raya impecable. Se estiró la camisa rosa hundiendo ligeramente la tripa y miró de reojo el reflejo que su figura daba en las cristaleras del portal frente al que se encontraba. Tras el examen, satisfecho del resultado, se alisó con gesto mecánico el remolino de pelo que se empeñaba en destacar sobre su coronilla y levantando la cabeza en un intento inconsciente de compensar su baja estatura, reanudó su marcha en dirección a las Siete Calles.

Atravesó a paso ligero la parte estrecha de Iturribide y la Plaza de Unamuno. Esquivó a un «pies negros» que sentado en las escaleras de acceso a la plaza, intentaba convencer a su perro para que compartiera el bocadillo que había rescatado de una papelera que —a la vista del aspecto de las viandas— no debía haber sido vaciada en los últimos meses.

El chucho, un ratonero canela y negro de cola cortada, mostrando una inteligencia que su amo a todas luces no tenía, decidió obviar el trozo de pan rancio y mortadela mohosa que le ofrecían y acompañó a Félix un trecho trotando alegre tras sus zapatos. Este, gran amante de los animales, detuvo apenas nacida una caricia al descubrir, al verlo más de cerca, que el animal era blanco, sin manchas naturales sobre su pelaje. Con un leve rictus de asco se alegró cuando el animal se separó de él siguiendo el husmillo que una perra había dejado en la acera.

Tras atravesar la plaza, giró a la izquierda hacia el Portal de Zamudio adentrándose en las Siete Calles. Al alcanzar su nueva fuente «de diseño» giró de nuevo, esta vez a la derecha, recorriendo la calle Banco de España y admirando, como cada vez que paseaba por allí, la fachada y el decorado portal del edificio situado frente al antiguo Banco de España que dio nombre a la calle y hoy reconvertido en sede «de algo de la Universidad del País Vasco» tras el desalojo de los jóvenes *okupas* que tomaron el edificio hacía ya varios años.

Durante el desalojo, Félix estuvo entre los que atrincherados en el último piso y el tejado, ofrecieron la última resistencia a la policía cuando irrumpió en el *gaztetxe*.

Jamás hasta aquel día había entrado en el local. Siempre comentaba que lo único que hacían esos jóvenes era «escaquearse del verdadero trabajo revolucionario, desviando los esfuerzos del objetivo final», quedándose todo su trabajo en música y lo que con desprecio llamaba «su cultura alternativa». Pero todo ello no impidió que cuando se enteró en el bar de Asier de que se preparaba el desalojo, y haciendo gala de su proverbial insensatez, atravesara el incipiente cordón policial diciendo que tenía a su anciana madre muy enferma en el portal de enfrente. Al llegar ante la puerta del edificio ocupado comenzó a discutir con los que desde el interior habían bloqueado el acceso ante la perpleja mirada de la *ertzaintza* y curiosos que observaban la surrealista escena: Félix insultando a los parapetados *okupas* para que le dejaran entrar; mientras, a escasos metros, los *ertzainas* que le habían franqueado el paso —demasiado sorprendidos para reaccionar— contemplaban con pasmo la estampa que formaban los jóvenes tras sus parapetos y Félix solo, en medio de la calle, con la cabeza echada hacia atrás y dando estentóreas voces increpando a los atónitos ocupantes.

Ante su empecinamiento, finalmente le permitieron el acceso al edificio a través de una de las ventanas y desapareció en el interior, reapareciendo poco después asomado a uno de los pisos superiores lanzando todo tipo de improperios: contra la policía por pretender la evacuación forzada de la casa y contra los mirones por no hacer nada por impedirlo y «no sumarse a la defensa activa de las libertades del pueblo frente a los ataques de las fuerzas represivas del estado capitalista y opresor».

Todo acabó unas pocas horas más tarde con una contundente carga de los antidisturbios y la consiguiente huida a través de los tejados de las casas vecinas, para terminar en uno de los patios de servidumbre de luz que abundan en las Siete Calles entre sus constreñidos cantones. La aventura se vio rematada por una monumental borrachera en casa de Asier que duró hasta altas horas de la madrugada.

Mientras contemplaba el edificio, Félix intentó calcular cuántos años habían transcurrido desde el desalojo, pero se

encontró incapaz de concretar una cifra. Nunca fue capaz de memorizar los números, ni tan siquiera el número de su móvil, mucho menos una fecha. Si no se acordaba ni del cumpleaños de su madre...

Pronto abandonó su intento de fechar el desalojo y dejando atrás el inmueble sin volver a pensar en ello, continuó callejeando por El Casco (así llaman los habituales a la zona de las Siete Calles que conforman el centro histórico de La Villa). Fue girando una y otra vez por sus angostas callejas acercándose a su destino, recorrió calles escasamente iluminadas, accedió a la luminosidad de la plaza de Santiago con su fachada recién remozada en los fastos del séptimo centenario de la Villa y volvió a hundirse en la umbría de sus travesías, continuando ya en línea recta hasta alcanzar en la calle Carnicería Vieja el bar de Asier.

A las puertas del bar, se detuvo un momento para fisgar el escaparate del comercio de trastos viejos y curiosidades que abría sus puertas frente al local de su amigo. Esta «tienducha» llevaba ya varios años abierta en el portal que se encontraba al otro lado de la calle cuando Asier inauguró su local, y Félix siempre se sintió atraído por los diversos objetos que se exponían en su reducido escaparate. Antiguas medallas de la guerra civil se exponían junto a tebeos viejos y rotos, que derramaban de manera impúdica sus páginas sucias sobre el hule de cuadros que cubría la superficie del expositor. Junto a ellos se podían ver varias aldabas que nunca fueron de bronce confraternizando con un antiguo relicario de plata portador de un mechón de pelo de la amada en su corazón de metal. Un puñal de procedencia indeterminada se reflejaba en una bola de cristal que descansaba sobre un pequeño trípode de algún metal que en su día fue dorado. A su lado, un viejo sonajero de plata y marfil aún conservaba la cinta de raso mediante la que estuvo sujeto a la manita de su primer propietario: varón, a juzgar por el tono azulado que podía adivinarse en la tela, y de familia pudiente, según parecía indicar la fina filigrana.

Una mezcla decadente y absurda de objetos, que quizás en otra época tuvieron alguna utilidad. Recogidos y tal vez amados por quienes los poseyeron, y que hoy yacían muertos

a los ojos de Félix sobre un obscuro catafalco de plástico blanco y azul.

Al recorrer el escaparate, su mirada se posó sobre algunos objetos que no estaban el día anterior en el expositor; de eso estaba seguro: el primero era un pequeño libro encuadernado en octavo, aparentemente muy viejo, con tapas de piel mal curtida y arrugada que se cerraban atando unas tiras estrechas de la misma piel a los ojales que se encontraban en la cubierta contraria. Nada aparecía escrito en lo que suponía sería la portada y daba la impresión de ser una antiquísima agenda o diario. Junto a él, recostado en su lomo, en una asociación que le resultó extrañamente incongruente al mirarlos, se encontraba un grotesco cuchillo de hoja corta y roma, cuyo mango —aparentemente de plata o alpaca— mostraba grabados de monstruos con las caras deformadas por muecas groseras. A su lado se encontraban un abollado crucifijo de alpaca, varios cubiertos de extraño diseño, dos botellas de un insólito cristal multicolor y un vaporizador de perfume de aspecto sucio y demacrado.

Félix se volvió hacia la puerta con intención de preguntar por aquel extraño cuaderno, pero a esas horas la tienda estaba aún cerrada. Con la determinación de volver en otro momento para inquirir sobre el librito, se giró, cruzó la estrecha calle y subió los dos escalones que daban acceso al bar de Asier.

Cuando llegó hasta el mostrador ya le esperaba una copa helada de cerveza —con mucha espuma tal y como a él le gustaba— frente a su amigo, que le miraba acodado sobre el mostrador con una sonrisa socarrona en los labios.

—Te he visto desde aquí. ¿Qué te vas a comprar esta vez? —le preguntó.

—Nada, sólo miraba el libro y el cuchillo de la esquina —contestó Félix.

—Ya los he visto. —Sin dejar de hablar, Asier Gallastegui iba colocando copas de cerveza en el expositor húmedo junto al grifo del barril y luego comprobó con puntillosa atención los indicadores de presión y temperatura de los barriles

de cerveza. Asier se vanagloriaba de servir las mejores cañas del Casco Viejo (y la mayoría de sus clientes estaban de acuerdo con él)—. La verdad es que es feo el jodido cuchillo. Como lo quieras para untar la mantequilla seguro que se agría.

Con una risa entrecortada de fumador impenitente, Félix le respondió:

—Sí que es feo, pero lo que me ha llamado la atención es el libro. Es raro que una tienda como esta tenga en el escaparate un libro así.

Mientras hablaba, evaluaba con mirada de entendido qué «pincho» escoger de entre la abundante oferta expuesta sobre el mostrador del bar. Distribuidos estratégicamente por toda la ancha barra de madera finamente pulida, se podía ver colocados con esmero sobre platos amplios de cristal amarillo una muestra espléndida de la nueva generación de pinchos, que a la manera donostiarra (mal que le pesara a Félix), comenzaban a desplazar a los tradicionales bilbaínos, de chorizo, tortilla de patatas y «grillos» de patata cocida, cebolla y lechuga.

Pero aún mantenían su puesto de honor «las gildas de Asier»: dos guindillas verdes de controlado picante y mórbida textura, escoltaban una selecta anchoa de Santoña en salazón, coronado el conjunto por las mejores aceitunas rellenas del mercado. Nacidas para tranquilizar el estómago del chiquitero entre trago y trago durante su recorrido, las gildas mantenían su utilidad primigenia, si bien Asier afirmaba que las suyas eran «alta cocina» por sus ingredientes y esmero en la preparación. Perfeccionista en su trabajo, Asier no se conformaba con elegir diariamente los ingredientes en el mercado de La Ribera —que se asomaba a la ría junto a la iglesia de San Antón, a escasos metros del bar— sino que llevaba su purismo al extremo de limpiar una a una las anchoas de sus «gildas» de cuantas espinas pudiera localizar.

Decidiéndose al fin, Félix alargó la mano y se alcanzó un bocado de bacalao al pil-pil sobre tosta de pan de pueblo crujiente, coronada por una estrecha divisa de pimiento rojo picante que le prestaba una pincelada de color.

Mientras se lo llevaba a la boca con gula, gritó:

—¡A ver «tasquero», otra *birra*, pero esta vez de verdad!

—Mucho cuidado con las voces, que en este establecimiento tenemos reservado el derecho de admisión —le contestó bromeando—. Y haga usted el favor de pedir los pinchos al camarero para que le ponga un plato, que si no me ensucia la barra.

El resto de parroquianos, una escasa media docena en ese momento, apenas dedicó una mirada de atención a la disputa, acostumbrados como estaban a las falsas discusiones que se originaban tan pronto entraba Félix en el establecimiento. Entretanto, con la boca llena de bacalao y pan, este intentó contestar como se merecía, pero ante la imposibilidad física de mantener dentro de sus fauces aquella sabrosa emulsión de grasas animales y vegetales y pronunciar palabra alguna simultáneamente, prefirió ignorar el comentario y terminar de engullir lo que le quedaba de tapa. Cuando tragó los restos del bocado, le preguntó a su amigo:

—¿Ya sabías que Paul Bocuse, al que dicen mejor cocinero de la historia, comentó en una entrevista que para él, el bacalao al pil-pil era un milagro de la cocina? Decía que era increíble cómo, con la momia salada de un pez y algo de aceite de oliva, pudiera crearse uno de los platos más suaves y sabrosos de la cocina mundial, con un sabor totalmente diferente al de los ingredientes por separado. Si es que los de Bilbao somos cojonudos... —apostilló.

Félix estaba tan persuadido de ser un gran *gourmet* como de que el bacalao al pil-pil era un invento exclusivo de Bilbao.

—Sí, ya me lo has comentado muchas veces, y sigo sin creérmelo —polemizó Asier—. Además, qué coño vienes hablando de Bocuse, si tú siempre has dicho que la cocina francesa en una porquería que no sirve para nada.

—Quieto, quieto... —replicó Félix—. Es verdad que los «gabachos» le echan nata a todo. ¡Joder, si hasta a la tortilla francesa le ponen leche! —se escandalizó—. Pero es verdad que fue su cocina la primera que empezó a innovar en los pucheros, inspirando a los cocineros vascos para crear la «nueva cocina».

—La nueva cocina la inventaron los cocineros guipuzcoanos —cizañó Asier sabedor de las manías de su interlocutor.

Félix, tocado en su fibra sensible, replicó acalorado:

—Lo que pasa es que los cocineros vizcaínos no se dedican a salir en la televisión. Ese es precisamente el fallo de la cocina vasca actual: haber dejado de lado los ingredientes y platos tradicionales. En vez de mejorar y actualizar la que ya era la mejor cocina del mundo, se han dedicado a preparar «mariconadas» a la francesa. Hoy en día, en una tasca de lujo, tardas más en leer el nombre del plato que quieres que en comértelo. Ahora pides un plato en un restaurante y cuando te lo sacan no sabes qué es lo de comer y qué es sólo adorno. Estás comiendo como con vergüenza: ¿Esta cosa con forma de flor, será la lubina que he pedido o será un perifollo de decoración? Siempre te hacen sentirte aldeano, estás continuamente mirando de reojo al camarero para ver si te mira con cara rara.

Con una sonora carcajada, Asier contestó:

—No es que te miren como a un aldeano, es que tú siempre has sido un aldeano y no sabes comportarte entre gente civilizada.

—Nos ha jodido su realeza. —Félix elevó el tono de voz para que le pudieran oír todos los presentes en el bar—. ¿Tú de dónde eres? ¿Del Vaticano? A ver si te vamos a tener que tratar de usía, como en la mili. Teníamos nosotros un comandante en Ceuta, que como le hablaras y le trataras de usted...

—Para, para —le interrumpió Asier—. Como te pongas a contar batallitas de la mili, salgo de la barra y de dos bofetadas te saco a la calle.

Cortado en medio de la frase, Félix cambió radicalmente de tema sin inmutarse.

—Guárdame la caña, que me parece que ya ha abierto la tienda y quiero mirar cuánto pide el viejo por el libro —le dijo refiriéndose al anciano propietario de la tienda de usado de enfrente—. La semana que viene es el cumpleaños de Jon y creo que le puede gustar el librito. Ya sabes que es más raro que un perro verde.

Jon era su cuñado y miembro de la cuadrilla de chiqui-

teros con los que solía potear Félix. Amigo también de Asier, le apasionaban los libros en general y los antiguos en particular. En breve Jon cumpliría años, y a pesar de que desde la muerte de su esposa Miren —hermana de Félix— apenas se veían, mantenían una estrecha relación y esta vez Félix estaba decidido a comprar un buen regalo para su cuñado que le animara y así reiniciara su vida social, suspendida desde su traumática viudez.

A paso vivo salió del bar y cruzando la estrecha calle, abrió con energía la puerta de madera desvencijada que daba acceso al interior de la pequeña almoneda.

Ya conocía el local. A Félix le encantaban todas las cosas raras y extrovertido como era, solía visitar a menudo al anciano que regentaba el establecimiento para charlar y ver la quincallería de que dispusiera en el momento.

Buena parte de los objetos que se exhibían provenían de los restos de almacén de todas las tiendas del Casco Viejo —muchas de ellas centenarias— que sus propietarios se vieron obligados a liquidar tras la riada del 83. En las Siete Calles las aguas alcanzaron los primeros pisos y todos los comercios de la zona resultaron arrasados.

Tras el desastre, Aurelio Ledesma, el propietario de la tienda, que compraba y vendía cualquier cosa que fuera vieja o que lo pareciera, repuso con creces lo que la riada le quitó. Se hizo a precio de saldo con una ingente cantidad de variopintos objetos, que le permitieron mantener su discreto negocio.

En sus frecuentes vagabundeos por toda la península, mantenía siempre alerta sus sentidos en busca de nuevas adquisiciones. Saqueaba pueblos abandonados, visitaba aldeas apartadas charlándole con sus ancianos habitantes, y mantenía cordiales y fructíferas relaciones con varios párrocos, ignorantes o corruptos, que encontraban al esquilmar sus decrepitas y abandonadas ermitas los fondos que su avara fe ligresía les negaba. Así podían arreglar el tejado del templo o renovar su casulla vieja.

Además tenía un cierto número de contactos distribuidos por zonas rurales que le suministraban con cierta

regularidad muebles y objetos de procedencia no siempre clara. Uno de sus mejores proveedores era su sobrino de Toledo, Julián, que cada poco tiempo le hacía llegar las más variadas mercancías. En su último envío le remitió una pequeña maleta de cuero rojo que vendió a las pocas horas de exponerla en el escaparate a una clienta caprichosa de Neguri, que quería utilizarla como revistero «de diseño». Junto con la maleta llegaron los objetos que habían llamado la atención de Félix.

La puerta de acceso al local se hallaba a la izquierda del mostrador, que ocultaba su contenido con una ajada cortinilla de encaje. A su derecha, una vieja alacena exhibía un batiburrillo de extraños utensilios de cocina junto a diverso instrumental médico. Frente al anaquel, en diferentes estanterías, se exponían toda clase de libros y juguetes, útiles de escritorio y cristalerías incompletas.

Colgaban del techo entre las robustas vigas de roble, varias lámparas de brazos, humildes imitaciones de las ostentosas arañas de cristal de roca, exponiendo con vergüenza sus polvorientos pendientes de vidrio que, como en una sarcástica sonrisa de vieja, mostraban impúdicos los huecos dejados por las piezas perdidas con los años. Entre todas ellas, solamente un viejo foco con interruptor de cordón derramaba una tenue luz en el centro de la habitación.

Toda la tienda mostraba un ambiente rancio y decrepito. Para Félix, traspasar aquella puerta era siempre adentrarse en una fabulosa máquina del tiempo que le portaba a otras épocas.

No podía evitar, al mirar el oxidado caballo de resorte que descansaba en una desvencijada arca de madera policromada en un rincón de la tienda, dejar de imaginar quién pudo adquirirlo por primera vez en la juguetería: quizás un preocupado padre para su hijo enfermo; con qué ilusión habría recibido el regalo el niño desde su cama... O quizás fue un regalo de primera comunión. Incluso puede que lo comprara un empresario libertino para engatusar al hijo de su amante de origen humilde.

La desbordante imaginación de Félix volaba al traspasar el umbral de la tienda.

La idea de que todos y cada uno de los objetos allí reunidos, amontonados sin orden ni concierto en aquel cuarto, tuviera su propia historia, le resultaba embriagadora.

Pensar que cada uno de ellos tuvo una existencia individual y diferenciada, grande o pequeña, le hacía dar vueltas la cabeza. Le gustaría saber cómo participaron en la historia del mundo. En la historia real, no en la de reyes y conquistadores que le contaron en la escuela, sino en la Historia, así, con mayúsculas, la de todos los millones de seres anónimos que hicieron posible el que ahora la humanidad se encontrara en el punto exacto donde se hallaba.

Querría poder ver cómo llegaron todos y cada uno de aquellos cachivaches a la tienda de Aurelio, qué avatares sufrieron hasta acabar a la venta en una sucia tienda del Casco Viejo de Bilbao.

Le gustaba fantasear con que algunos de aquellos objetos pudieron participar de hechos heroicos; otros quizás formaron parte de los actos mezquinos de algún desalmado.

Mirándolos, percibía que otros antes que él experimentaron la atracción que en ese momento sentía hacia determinados artículos, al igual que no podía por menos que notar un cierto rechazo instintivo hacia otros.

Cada uno de los objetos reunidos en la tienda se le aparecía como un ente con una energía propia. Unos le seducían inmediatamente apenas posaba su vista en ellos, otros en cambio, le provocaban una aversión profunda cuando los tenía ante sí.

En su interior, sin atreverse a reconocerlo ni tan siquiera a sí mismo, estaba convencido de que cualquier objeto acumulaba las energías de quienes los amaron u odiaron y que esta fuerza contenida en su más recóndita profundidad se dejaba sentir en cuantos lo poseyeran después.

Dejando divagar su mente, los ojos se fueron acomodando suavemente a la tenue luz del interior y buscó con la vista al propietario: la estancia parecía desierta.

Avanzó decidido hacia el interior. Al fondo, sobre la desgastada mesa que hacía las veces de mostrador, junto a un

viejo juego de escritorio dorado, se encontraba un timbre de mesa de latón brillante.

Félix, tras ojear unos maltratados libros de texto que se encontraban en uno de los abiertos cajones de la mesa, golpeó reiteradamente la campana.

Al sonido estridente respondió una voz desde el interior:

—Un momento, ahora mismo salgo.

Ajeno totalmente a la respuesta, Félix continuó haciendo sonar el timbre hasta que apareció tras unos pesados cortinajes de terciopelo la cabeza del anciano vendedor.

—Pero bueno... Tú tenías que ser —refunfuñó—. Ya te he dicho que el timbre no te lo vendo. En tus manos iba a durar menos que un caramelo a la puerta de un colegio.

—No vengo a por el timbre —contestó Félix con una amplia sonrisa—. Quería ver ese librito antiguo que tienes en el escaparate.

La cara del anciano se iluminó ante la perspectiva de una posible venta:

—Es el cuaderno de algún estudiante de Toledo, me lo envié ayer un sobrino que tengo allí. Ya sabía yo que se iba a vender rápido.

Se acercó a la deshilachada cortina y apartándola cogió el libro con cuidado. Sobre su arrugada cubierta se podían apreciar manchas de grasa y tinta, aunque visto de cerca mostraba mejor conservación de la que aparentaba desde la calle.

Aurelio, haciendo caso omiso de las manos tendidas de Félix, abrió con delicadeza el cuaderno y fue pasando las hojas lentamente.

—El papel es de primerísima calidad. En aquella época muy pocos podían permitirse el lujo de encargar algo así, y menos para un estudiante —le explicó dejando a sus dedos delgados deslizarse entre las hojas, pasándolas una a una—. Seguro que era hijo de algún comerciante acaudalado.

Félix hizo ademán de coger el ejemplar. Girando levemente sobre sí mismo, Aurelio lo puso fuera de su alcance:

—No era de un noble, porque estaría impreso su escudo y seguro que lo habría hecho constar al inicio del libro; ade-

más, eso haría que el librito costara muchísimo más. —Con cara compungida continuó mostrándole la primera página del ejemplar—: Como ves, aquí se lee la fecha, 1618 y en estas frases que aparecen debajo del año parece que consta el nombre del profesor.

Aprovechando ese momento de debilidad, Félix le arrebató el cuaderno de las manos. Preguntó:

—¿Cuanto dices que pides por este bloc? ¡Joder, si está escrito en latín! Y además no se entiende nada de lo que pone —exclamó sorprendido al hojearlo—. ¿Qué dices que es?

El anticuario le miró sopesando si merecía la pena perder el tiempo con Félix o sería como otras veces, que entraba cuando no tenía mejor cosa que hacer.

—El lunes es el cumpleaños de mi cuñado y le gustan los libros y cosas raras, así que he visto este en el escaparate y he pensado que igual le gustaba.

El comentario decidió a Aurelio a intentar la venta:

—Es el cuaderno de un estudiante de Toledo. Si te fijas, la primera parte del libro son palabras y frases en latín repetidas varias veces cada una, como para coger soltura en la caligrafía; luego vienen diferentes versos religiosos y oraciones. Ten en cuenta que en aquella época toda la enseñanza se basaba en la Biblia, los únicos que daban clases eran los curas. La verdad es que no me ha dado tiempo a estudiarlo con detenimiento, pero ya ves que tiene casi cuatrocientos años. De manera que es toda una pequeña joya.

Mientras pronunciaba esta última frase, miraba fijamente a Félix con el fin de evaluar cuánto podía pedir por el cuaderno sin espantar la venta. Realmente no eran los libros algo que le interesara demasiado. A decir verdad, la letra impresa no le interesaba nada en absoluto. En la humedad de su local se deterioraba rápidamente. También sabía que ninguno de los libreros de viejo que había en Bilbao querría tener tratos con él, consecuencia de algunos viejos litigios por receptación de objetos robados. Además eran objetos de fácil seguimiento y reconocibles en una hipotética inspección. De manera que para Aurelio los libros eran simplemente una mercancía perecedera de la que era conveniente desprender-

se lo antes posible. Tenían para él tanto valor como los viejos tebeos que se pudrían en cajas de cartón por los rincones de su tienda.

Retirando el ejemplar de las manos de su visitante, que ojeaba el librito doblando la tapa y haciendo pasar las hojas como si fueran naipes, le tanteó:

—Por quinientos euros creo que es una buena compra.

Félix le miró como si se hubiera vuelto loco de repente.

—¿Cuánto? Por ese precio le compro la biblioteca de Bidebarrieta entera. ¡Quinientos euros por un libro en el que no se entiende nada de lo que dice! —se escandalizó—. Tú estás loco.

Se giró decidido hacia la salida, cuando el anciano le sujetó de la manga de su chamarra:

—Espera un momento hombre... Sólo digo que realmente vale mucho más de lo que te puedo cobrar a ti si te lo quedas.

Félix detuvo sus pasos, y vuelto a medias hacia su interlocutor le preguntó:

—Bueno, entonces a mí, ¿por cuánto me lo dejas?

—Si lo quieres te lo puedo dejar en unos trescientos euros.

Félix metió su mano derecha en el bolsillo y sacó un pequeño fajo de billetes arrugados. Los contó minuciosamente y separó con parsimonia dos de veinte euros que volvió a introducir en su pantalón de pinzas escrupulosamente planchado. Extendió los billetes restantes sobre el tapete de una mesa de juego cercana con una de sus patas devorada por la polilla y respondió:

—Mira, tengo doscientos quince euros, si te gustan me lo llevo, si no te parece bien ya le compraré otra cosa.

Aurelio calculó rápidamente el beneficio: considerando que a su sobrino le había dicho que, en el mejor de los casos, podría sacar por todo el último envío aproximadamente veinticinco mil pesetas —unos ciento cincuenta euros— merecía la pena quitarse de encima «el muerto».

—Hecho. Ya verás cómo a tu cuñado le encanta el regalo.

Rápidamente, recogió los billetes repartidos por su me-

sa y, aparentemente sin revisar el importe, los guardó en el cajón superior del escritorio. Ya había comprobado mientras Félix los contaba, aun antes de depositarlos en la mesa, que se correspondían con la cifra que le ofrecía.

A su sobrino le diría que no había podido sacar más de cien euros.

Una vez a buen recaudo el dinero, comenzó a rebuscar en un decrépito revistero que se encontraba cercano algún papel para envolver de manera adecuada el ejemplar.

—Anda, déjate de papeles —le interrumpió su búsqueda Félix—. Dame una bolsa para llevarlo que ya se lo pondré yo bonito en casa.

Introduciendo su adquisición dentro de la bolsa de plástico que le facilitó el viejo, salió de la decrépita almoneda enormemente satisfecho de la compra realizada. Verdaderamente, el libro en cuestión no tenía para Félix ningún valor, pero estaba convencido que para Jon —su cuñado «el raro»— sería un regalo perfecto. Aunque estuviera escrito todo en latín, se pasaría horas muertas mirándolo e intentando descifrar frases y apuntes. Era un tipo extraño, aficionado a la lectura, al que le gustaban los libros no sólo para leer, sino para verlos y atesorarlos, como a un avaro le gusta su dinero. De manera que necesariamente el regalo le haría ilusión. Además, dentro de poco se cumplía el aniversario de la muerte de Miren, y quería hacerle un regalo especial que le hiciera olvidar un poco la pérdida. Aquí tenía tema para largas horas de contemplación e intentar entender qué diablos estaba escrito en el cuaderno.

Cuando entró de nuevo en el bar de Asier, se encontró que su cerveza estaba caliente y el bar lleno de nuevos parroquianos. Depositó el importe de su consumición sobre la barra y llamó la atención de su amigo indicándole dónde dejaba las monedas. Tras un breve saludo con la mano marchó feliz, la bolsa segura debajo del brazo, hacia el siguiente bar para continuar con su ronda de cervezas y pinchos.



## 3

## EL LIBRO

LA LUZ DE LA LÁMPARA de pie rompía la semipenumbra de la espaciosa habitación. En sus paredes, unas abarrotadas estanterías cubrían la casi totalidad del espacio disponible. Sin ningún orden aparente, rebosaban libros y figurillas de madera y terracota. Apenas iluminados por la escasa luz de la lámpara de pie que alumbraba la zona de lectura, cientos, tal vez miles de libros de todos los tamaños y encuadernaciones, reposaban sus contenidos en las múltiples baldas de madera. Todos los espacios se mostraban ocupados por diversos ejemplares. Algunos perfectamente colocados en su lugar, otros apilados horizontalmente en sus anaqueles.

Donde por ignoradas razones quedaban huecos entre los libros, las pesadas figurillas se encargaban de mantener los diferentes volúmenes en posición vertical, con el fin de evitar en lo posible el deterioro de su encuadernación.

En la extensa superficie cubierta de libros, solamente la presencia de alguna enciclopedia ofrecía a veces, una cierta uniformidad visual en su superficie.

Ejemplares en rústica compartían espacio con *best-se-*

llers, junto a ediciones baratas de novelas de éxito. Algunos tomos encuadernados en cuero mostraban su alcurnia despreciando a sus vecinos encolados sobre cartón. Se veía una colección de novelas de Lou Carrigan junto a la enciclopedia Larousse y Agatha Christie compartía hueco en la tercera balda de la izquierda con una edición del siglo XVIII de Plutarco. Dos ejemplares de diferentes ediciones —ya bastante ajadas— de la *Enciclopedia Álvarez* intentaban alternar con sus compañeros de estantería: la colección completa de *El Coyote* y las obras completas de Alejandro Casona en cabritilla y oro. Safo compartía espacio con Neruda y Quevedo, mientras un desencuadernado ejemplar de las *Leyes de Manu* se mantenía en pie apoyado en un circunspecto volumen de cocina con churriguerescas cubiertas en pasta española de la Marquesa de Parabere.

Toda la habitación presentaba un aspecto de cuidadoso desaliño, donde los libros resultaban el motivo y única decoración de la estancia.

Un anciano sillón de raídas orejas, junto a un escabel y una pequeña mesa, completaban el mobiliario de la —solamente en apariencia— caótica «biblioteca» donde Jon Ander Mendiguren, cuñado del inefable Félix, empleaba la mayor parte de su tiempo libre.

Poco aficionado al ejercicio físico como demostraba su incipiente obesidad, siempre fue un gran amante de los libros. Durante la convivencia con Miren, su añorada compañera, mantuvo su afición dentro de unos límites más o menos aceptables: ya se encargaba ella de controlar sus despilfarros inútiles. Pero tras su temprana muerte, hacía ya más de dos años, intentaba consolar su ausencia en la lectura y en la compulsiva adquisición de cuantos ejemplares viejos o antiguos llamaban su atención.

A Jon le gustaban tanto por lo que pudiera estar escrito en ellos, como por su existencia como meros objetos físicos.

Una buena encuadernación no podía ocultar un libro estúpido o pesado, pero multiplicaba el sentimiento de unas bellas palabras: sentía cómo aumentaba el fragor de las olas sobre el casco de la Hispaniola si el ejemplar de *La Isla del*

*Tesoro* que sostenían sus manos se hallaba cosido y encuadernado en tapa dura.

Leyendo en una esmerada encuadernación de 1876 las normas de buena educación para señoritas, le parecía oír el fru-fru de las enaguas almidonadas al recorrer las largas galerías de sus mansiones decimonónicas.

Quién podía intentar comparar las sensaciones que se podían sentir leyendo *El Buscón* en una edición barata editada por un diario, de mal papel encolado, mal impreso y peor encuadernado, con las emociones experimentadas entre las hojas de un ejemplar en pasta valenciana de la época, donde incluso se percibían los rancios olores de las calles de la Salamanca del siglo de oro.

Alguna vez, cuando releía *Moby Dick* en un ejemplar encuadernado en holandesa hacía ya más de un siglo, creyó notar mezclado con el dulce olor a papel añejo, el salobre aroma de las olas que rompía la quilla del Pequod. A veces incluso, en su refugio, con el libro entre las manos, le parecía oír retumbar ocultas en la semioscuridad, las frenéticas órdenes del capitán Ahab.

A la falta de Miren, Jon había convertido el antiguo salón de su casa en una sala de lectura, donde olvidar su pena y aislarse del mundo exterior. Se había desprendido de los muebles que lo ocupaban, deshaciéndose con ellos de un violento recuerdo de felices veladas con sus amigos. No era capaz aún de enfrentarse a los bares que frecuentaban, a sus amistades y paseos, sin sufrir agónicamente la ausencia de Miren.

Por ello, se encerraba en su mundo de cuero y papel, donde su espíritu atormentado se desbordaba libre por mundos imaginados y vidas ajenas.

Tras la muerte de su esposa en accidente de tráfico, su vida social se limitaba a las periódicas visitas de su cuñado Félix. Con su desbordante alegría de vivir, conseguía que Jon olvidara por unos instantes la falta de Miren. Incluso últimamente había conseguido que, alguna vez, le acompañara por el Casco Viejo para tomar algún aperitivo.

En su última visita, dos días antes de su cumpleaños, le había traído un regalo: un decrépito libro manuscrito encua-

dernado en pergamino, que mostraba evidentes síntomas de deterioro causado por una humedad reciente. Desde entonces, durante varias horas al día se dedicaba ilusionado y provisto de una potente lupa de escritorio, a intentar leer sus textos.

El hecho de estar escrito en latín no le suponía una molestia excesiva. No sabía latín, pero se contentaba con encontrar de vez en cuando alguna frase conocida, aunque no la entendiera. Reconocía frases y palabras, sepultadas en el olvido desde sus pasados años de estudiante en los Hermanos Maristas, que le espoleaban en su lectura. De momento, ya había identificado dos tipos de escritura diferenciadas que le insinuaban dos autores diferentes.

Comenzaba el cuaderno con oraciones y cantos, exhortos y servicios religiosos. La segunda parte, algo más reducida que la primera, estaba escrita con diversa tinta y caligrafía, y apenas era capaz de descifrar una sola palabra conocida en el texto.

En la primera parte utilizaron tinta sepia para trazar una escritura clara y fluida. Su uniformidad y regularidad, sus formas sencillas, redondeadas y separadas, resultaban relativamente fáciles de leer. El resto mostraba en negro una mano aparentemente menos habituada a escribir, o al menos, un amanuense menos ducho en el idioma en el que escribía.

Al trazo fino y elegante de las primeras hojas, seguía un escrito en el que las letras que configuraban cada palabra se mostraban picudas, de largos trazos verticales, muchas veces enlazados con los de las líneas superior e inferior. Añadiendo a esto la práctica inexistencia de puntuación en sus páginas (sólo distinguía la palabra «Finis», escrita entre párrafos interrumpidos que a veces ocupaban páginas enteras) se encontraba con un manuscrito totalmente ininteligible con sus nulos conocimientos de latín y escritura antigua.

La arrugada cubierta de piel no presentaba ningún signo ni palabra, lo que reforzaba la teoría del cuaderno de estudiante, aunque fuera también lógico esperar que figurara el nombre de su propietario en el lomo, pensaba Jon con tristeza.

En la primera hoja, nada más abrir el libro, se veía dibujada la cifra 1618, presumiblemente el curso en que se escribió el libro, rodeada de borrosas líneas y algunas palabras apenas apreciables difuminadas por las manchas del papel.

Solían comenzar los capítulos con extrañas letras decoradas con dibujos discretos y pequeños sin ningún significado. De trazos burdos a pluma, parecían un pobre intento del autor en copiar las recargadas letras capitulares de los códices y libros del medioevo. En su minucioso repaso, poco a poco fue encontrando diseminadas entre las abigarradas letras diferentes ornamentaciones dibujadas con trazos repetitivos, en los que abundaban las espirales y círculos concéntricos. Se representaban letras, plantas o extravagantes hombrecillos de botas altas, estrafalarias inflorescencias apenas bocetadas y estrambóticos personajillos que hacían las delicias de Jon.

Tras varias semanas de trabajo, ojeando el librito en cuestión, palpando con delicadeza sus páginas suaves como de delicada tela, en su cabeza volaban cientos de posibles dueños y miles de imaginadas vicisitudes sufridas por su regalo durante su larga existencia.

El primer viernes de marzo, de vuelta en casa tras una jornada especialmente desagradable en el trabajo, tuvo la ocurrencia de que quizás en Internet podría concretar un poco más la historia de su manuscrito. Quizás encontrara otros similares y lograría así confirmar su edad. Incluso podría localizar, si no al dueño, sí la escuela donde estudió.

Ilusionado con esta nueva idea, al llegar a casa —tras una reconfortante ducha y encargar una *pizza* a domicilio para la cena— tomó el libro del anaquel donde reposaba y se dirigió hacia la habitación que le hacía las veces de despacho.

Sentándose a la mesa de trabajo, apartó de la desordenada mesa los folios y propaganda que la cubrían casi por completo y los apiló en dos pequeñas montañas a ambos lados de la misma. Con el teclado del ordenador accesible, encendió este y esperó con indisimulada impaciencia a que la conocida musiquilla del Windows le indicara que ya se encontraba operativo. Pronto estuvo ante la página del buscador Google —su

preferido— e introdujo la fecha caligrafiada en la primera hoja de su reciente tesoro.

Con una cierta desilusión comprobó que la entrada 1618 le facilitaba 1.320.000 resultados.

Así y todo, decidido, comenzó a estudiarlas ante la remota posibilidad de que alguna de ellas le pudiera facilitar algún indicio sobre las diferencias de escritura que creía percibir en el manuscrito.

Nueve horas más tarde, Jon se encontraba cansado y desalentado ante la pantalla.

La *pizza* (extra queso y salami), reposaba fría en el suelo junto a dos latas vacías de refresco de cola.

Ante sus agotados ojos habían desfilado innumerables personajes totalmente desconocidos para él: Sir Walter Raleigh, Richard Lovelace (no sabía por qué, pero este apellido le resultaba conocido) Abraham Cowley...

Había buceado en la colección Arnamagnæan de Copenhague, mirando su colección de manuscritos españoles. Probado diferentes combinaciones de palabras junto a la dicha fecha: latín, España, Toledo... Y no solamente no había podido arrojar un poco de luz sobre su búsqueda sino que, para colmo, en las imágenes encontradas de manuscritos fechados en la época, el tipo de caligrafía era totalmente diferente al de su regalo.

Todos los escritos que había podido ver del siglo XVII tenían una escritura fluida y grácil, de finos trazos, con las «q» prolongándose hacia abajo, esbeltas y extrañas «uves», y palabras terminadas con un elegante trazo curvo.

Por el contrario, en su libro aparecían los caracteres toscos, como realizados con una pluma demasiado usada, en los que únicamente las palabras con que se iniciaban los capítulos aparecían separadas por un elegante trazo del resto del texto. Todos los manuscritos supuestamente contemporáneos de su documento, mostraban una caligrafía elegante en la que las a veces exageradas letras se unían formando palabras perfectamente legibles que terminaban en rebuscados trazos al final de los párrafos. Los caracteres que se unían para formar las palabras, no aparecían separados unos de los otros.

En cambio, su escritor —en el caso de que fuera uno solo— mostraba una dificultad insalvable en unir las letras de cada palabra. Y asimismo la separación entre cada letra era prácticamente idéntica a la existente entre palabras, lo que daba al escrito un aspecto sólido y pesado de fatigosa lectura. El conjunto del documento constituía un bloque macizo que se presentaba formado por una sucesión de letras que componía párrafos consecutivos y compactos sin que aparentemente existiera ningún signo de puntuación.

Eran tan diferentes entre sí como lo pueden ser dos escritos realizados uno de ellos con bolígrafo y el otro con una estilográfica vieja tras jugar con ella una partida de dardos.

A las cuatro de la mañana, con los ojos doloridos y enrojecidos por el esfuerzo, Jon decidió continuar con su búsqueda al día siguiente. Despreciando la arrugada *pizza* del suelo, se preparó en la cocina un pequeño bocadillo con el pan sobrante del día anterior y algo de embutido que rescató del frigorífico. Con una cerveza y el bocadillo que hacía las veces de cena, se sentó en la cocina pensando en el dichoso libro. Verdaderamente no sabía qué buscaba. Comenzaba a sospechar que la fecha en que se escribió no correspondía con el siglo XVII.

Todos los escritos de ese siglo que había podido ojear mantenían un estilo de escritura completamente diferente al del regalo de su cuñado. Dudaba entre dos teorías: o bien había sido escrito bastante antes de la fecha atribuida por el anticuario o —la más desalentadora probabilidad— fue escrito por un semianalfabeto de la época. Esta última posibilidad justificaría también las partes ininteligibles del texto.

Pero por otra parte, las secciones más oscuras estaban al final del libro, lo que contradecía la lógica de su teoría. Lo más natural sería que según avanzara en la escritura, esta se volviera más constante y legible y no al contrario, como sucedía en el cuaderno.

La posibilidad de que fuera un manuscrito aún más antiguo de lo que le habían dicho, le resultaba enormemente atractiva al coleccionista de libros que tenía en su interior. Si bien no quería hacerse ilusiones: no resultaba convincente que un anticuario cometiera tamaño error en la tasación de un

ejemplar que bien podría duplicar su valor en función del año en que hubiera sido escrito.

Jon daba por supuesto que alguien mínimamente entendido en libros lo habría estudiado, y que este experto sería quien hubiera autenticado la fecha aparecida en sus páginas. Desconocía su procedencia y los caminos por los que llegó a sus manos. No sabía que el anciano Aurelio cuando lo recibió, no había mirado para tasarlo más allá de la primera hoja donde se encontró con la supuesta fecha del manuscrito, de la misma forma que ignoraba quién o quiénes lo escribieron y qué objetivo buscaban al escribirlo, en el caso en que hubiera alguna otra intención en su creación aparte de la pura y simple escolástica.

Exhausto y con principio de conjuntivitis, Jon decidió aplazar sus pesquisas hasta el próximo día. Mañana, tras las compras matinales del sábado, seguiría investigando en Internet. Quizás tuviera más suerte y encontrara alguna pista que le indicara cuándo se escribió.

A la mañana siguiente se levantó tarde y con la sensación de no haber dormido. Sin ducharse, se vistió con la misma ropa del día anterior y marchó hacia el mercado de Santutxu.

Jon despreciaba los supermercados y grandes superficies, al menos en lo referente a alimentación. Consideraba que por muy buen precio que tuvieran, nunca se alcanzaba el grado de familiaridad que se conseguía con los dependientes en los puestos de los mercados tradicionales, donde el tendero o la pescatera te reconocían por tu nombre y te aconsejaban sobre lo que debías llevarte ese día.

Con Miren, solía bajar al Mercado de la Ribera todos los fines de semana para proveerse de alimentos frescos. Acompañándola en sus compras fue como se habituó a levantarse pronto los sábados para poder elegir pescado y verduras en las diferentes plantas del mercado bilbaíno por antonomasia.

Solían comenzar visitando la planta alta, para regatear con las aldeanas el precio de las frutas y verduras que traían de sus caseríos. Con sus provisiones vegetales completas des-

cedían por las acristaladas escaleras al piso de la carne y chacinería, donde se entretenían buscando entre los puestos caza y delicados embutidos. Terminaban la visita siempre en la planta baja, la del pescado, donde a empujones se habrían pasado hasta los puestos deseados entre la multitud que la solía llenar. Mientras oían a las pescateras pregonar a voz en grito las excelencias de sus productos, Miren y Jon seleccionaban las piezas más frescas mirándoles las sangrientas agallas y comprobando la transparencia de sus asustados ojos sin párpados.

Cuando faltó su compañera dejó de frecuentarlo. En este gran mercado el trato se mantenía familiar y directo, como una atávica reminiscencia del pueblo que nunca dejó de ser Bilbao, y no se sentía con ánimo para soportar los pésames y miradas apenadas de sus vendedores habituales.

De manera que trocó La Ribera por Santutxu, mucho más reducido pero también más cercano, y donde nadie le conocía. Pero aún mantenía la costumbre de llegar a los puestos lo antes posible para no tener que conformarse con lo que los clientes más madrugadores habían despreciado.

Ese sábado, cuando volvía de su incursión semanal en el regateo y compra de las vituallas necesarias para la semana entrante, se encontró con su cuñado Félix esperándole asomado a la ventana que se abría a la calle en el bar situado en los bajos de su casa. Tras saludarle efusivamente, esperó a que pagara su primera consumición matutina. Subió con él las crujientes escaleras de madera que llevaban hasta su piso y le acomodó en la cocina con una cerveza fría antes de marchar al baño, instándole encarecidamente a no moverse de la silla entretanto tomaba una ducha.

No le gustaba que nadie pisara su biblioteca. Para Jon era una especie de refugio donde aislarse del mundanal ruido. Allí, rodeado de sus libros, se encontraba seguro. Los libros eran amigos que no reclamaban atención. Simplemente esperaban a que él los buscara y entonces le daban de manera desinteresada y absoluta lo que más necesitaba: distracción y olvido. Accedía a ellos sin previo aviso ni presentación, sin tener que dar razón alguna para acercarse. No necesitaba bus-

car excusas tontas para cerrarlos y poder pensar en Miren y su sonrisa de niña. No preguntaban, inoportunos, por qué lloraba cuando una lágrima asomaba a sus ojos, ni trataban de consolarlo con frases manidas cuando lo veían deprimido.

Eran, a la vez amigos y refugio. Al sumergirse en las páginas de uno de ellos quedaba fuera del mundo. Entre sus hojas controlaba él sus sentimientos: se batía en duelo codo con codo junto a Legardere, visitaba los laberínticos sótanos del palacio de la Ópera de París persiguiendo una voz de ultratumba, o lloraba —si así le apetecía— con la *Canción desesperada* de Neruda. Ninguno de sus libros le mostraba conmiseración si asomaba un sollozo a su garganta cuando recitaba con voz queda la *Nana de la cebolla*, pensando en aquel niño que tantas veces soñaron juntos. Ni jamás uno solo de sus libros se rió de él si alternaba la lectura de *La venganza de don Mendo* con carcajadas y medias sonrisas.

Eran los libros contenedores herméticos e intemporales de los actos y pensamientos de quienes hacía ya mucho tiempo dejaron de existir. Biografías de seres que jamás fueron. Guías de viajes irrealizables. La única manera de vivir las vidas de otros. Su único refugio cuando más hiriente sentía el vacío dejado por Miren.

Por otra parte, cuando excepcionalmente había mostrado a alguien su «sancta sactorum», sólo cosechó indiferencia, o en el peor de los casos (como por ejemplo su querido cuñado) multitud de horas de trabajo para volver a colocar en su sitio los libros, que había ido dejando por el suelo o en baldas equivocadas incapaz de reponer un volumen en el mismo lugar de donde lo tomaba.

De manera que —hacía ya varios meses— eliminó todos los muebles que había en la habitación. Dejó solamente su sillón y los elementos imprescindibles para que una persona disfrutara en íntima soledad de la lectura: una mesa baja junto a la lámpara de pie y entre las dos, un atril bajo que le había regalado Miren por su segundo aniversario. Con esa sencilla maniobra conseguía disuadir a sus ocasionales visitantes de permanecer más tiempo del imprescindible en su amada biblioteca.

Una vez duchado, volvió junto a su cuñado. Tras vaciar las bolsas de la compra y acomodar su contenido en el frigorífico, extrajo del congelador una jarra de barro, se sirvió una cerveza en ella y se sentó a la mesa con su acompañante. Félix, acostumbrado a lo que él denominaba «las manías de Jon», tomó otra para sí y bebió directamente de la lata.

—¿Qué, te gustó el regalo?

—Mucho, la verdad —le respondió—. Sinceramente, me extraña que se te ocurriera una cosa así. ¿Dónde encontraste un libro como ese?

—En la tienda de viejo que está frente al bar de Asier. —Bebió un largo trago de su lata, y golpeándose con el puño bajo el esternón, forzó la salida de un potente eructo—. Ya sabía que te iba a gustar. Ya sabes que yo, por mi cuñado preferido hago lo que sea.

Miren fue su única hermana y él, ni estaba casado ni dispuesto a dejar de estarlo a medio plazo. Pero eso no importaba. Verdaderamente le tenía un cariño especial a su cuñado, y siempre mantuvieron una estrecha relación que se hizo aún más íntima a la muerte de Miren. Era la única persona a quien podía expresar sus sentimientos abiertamente en aquellos escasos momentos de su vida en los que se paraba a pensar seriamente en algo. Ese día no tenía ganas de pensar.

Sin saberlo, Jon le expuso ilusionado sus sospechas:

—He estado mirando en Internet manuscritos del siglo XVII y no se parecen al que me has regalado; se semeja más a los escritos de los siglos XIII y XIV.

—¿Los siglos qué?

—Que creo que el librito tiene muchos más años de los que te dijo el viejo. Según el tipo de escritura parece de 1200, más o menos.

—Tú estás majara —fue la respuesta de Félix, mientras se servía otra cerveza—. Ahora resulta que tú vas a saber más de libros que el anticuario que me lo vendió. Si fuera tan viejo él lo sabría, ¿no? —le dijo con una sonrisa de suficiencia en la cara, convencido de la lógica aplastante de su argumento.

—Sí, en eso tienes razón, pero la escritura es completamente diferente a la de los siglos XVII o XVIII en los que te dijo que había sido escrito. Y mira estos dibujos... —Según hablaba se levantó para alcanzar el libro que se encontraba en la habitación contigua.

—Anda, déjate de libros viejos. Si no son dibujos pornográficos no me interesan. —Ante su ocurrencia soltó una estruendosa carcajada—: Oye, ¿no será una especie de Kamasutra español? Entonces sí que valdría dinero. ¿No crees?

—Joder, tú siempre pensando en lo mismo. —Jon estaba molesto por el desinterés que Félix mostraba por sus hallazgos—. ¿Es que no tienes otra cosa en la cabeza?

—Sí, la pasta. Y en el viaje que vamos a hacer dos amigos y yo a Jaca esta Semana Santa para esquiar. —Al hablar, hacía gestos obscenos con los dos brazos, como si utilizara los bastones de esquí, acompañados de estentóreas carcajadas.

Desesperado, Jon decidió dejar el tema por el momento y buscar alguna prueba de su teoría que resultara irrefutable antes de volver a abordar el tema con su cuñado.

De manera que el resto de la jornada transcurrió entre cervezas, risas, un exquisito rape a la americana preparado por Jon, dos botellas de Terras Gauda y los planes de Félix para sus próximas vacaciones.

Jon pasó todo el domingo y la semana siguiente estudiando el manuscrito y luchando entre el agotamiento consecuencia de su falta de descanso y la impaciencia por volver a su estudio para continuar con sus averiguaciones.

Todo su tiempo libre lo empleó en estudiar la escritura medieval. Robando horas al sueño, buceó en cuantos archivos de manuscritos encontró en la red. Amplió su búsqueda a los siglos XVI y XVII con idénticos resultados. Buscó si hubiera algún traductor automático de latín como había visto que existían para diferentes idiomas, sólo para encontrar que el latín no admite una traducción automática. Al tener «casos» (nominativo, genitivos y todas aquellas palabras que le recordaban a don Tino, profesor seglar de Maristas, de infausta memoria) los nombres, pronombres y demás, varían su ter-

minación dependiendo de su función en la frase, lo que imposibilita a cualquier programa realizar una traducción coherente. De manera que si quisiera traducir su manuscrito no tendría otro remedio que llevárselo a un profesor de latín, cosa en la que no estaba especialmente interesado.

Pese a su incapacidad por entender lo escrito en el manuscrito, según avanzaba en su búsqueda iba poco a poco convenciéndose de que su cuaderno no podía haber sido escrito en la fecha que había encontrado en él.

Por su caligrafía y estética debía haber sido escrito varios siglos antes. Aumentando paulatinamente el arco de fechas, se encontró con que la escritura del manuscrito tenía ciertas semejanzas con la utilizada en España en los primeros siglos del segundo milenio. A vista de un inexperto como él —si bien el amanuense de su pequeño cuaderno utilizaba un tipo de letra diferente— estéticamente se parecía más a la *Vida de Santo Domingo de Silos*, del siglo XIII, que a los manuscritos de Quevedo o Cervantes, presuntos contemporáneos de su libro.

Abundaba en sus sospechas el que estuviera escrito en dos columnas con las letras separadas unas de otras, así como la tinta rojiza con la que estaba escrita la primera parte. Y en la ilustración de un manuscrito inglés del siglo XIII, que representaba el sistema nervioso del cuerpo humano, estaba dibujado un muñeco en el que encontró una inquietante semejanza con los que aparecían en su librito.

Espoleado por sus descubrimientos y con la esperanza de poder decirle a Félix que le había regalado un libro de más de setecientos años, se dispuso a emplear todo el vecino fin de semana en bucear por la red buscando algo con que poder cerrar la boca a su cuñado.

Cuantos más datos recogía, más convencido estaba de tener entre sus manos un documento que superaba los setecientos años de antigüedad. Había recogido por Internet decenas de ilustraciones en las que se mostraban diferentes escritos de los siglos XII al XVII con los que esperaba poder demostrar su teoría.

Comenzaba a sentirse obsesionado por el desconcertante manuscrito. Tras una noche del viernes infructuosa y un frustrante sábado malgastado indagando en miles de páginas que se mostraban inútiles sólo tras ímprobos esfuerzos, el primer domingo de abril, recién desayunado y sin tan siquiera tomar su acostumbrada ducha, se dispuso ante el ordenador e introdujo la fecha en cuestión.

Atónito, miró anonadado lo que aparecía en la pantalla: el resultado de la búsqueda se mostraba totalmente diferente a todos los anteriores. No aparecían en pantalla los acostumbrados primeros resultados mostrando biografías de desconocidos o indicando que la altura del monte San Mamede, en Allariz, era de 1.618 metros.

Por algún extraño designio, el buscador había sustituido las comunes respuestas a su pregunta habitual por otras que resultaban absolutamente desconcertantes.

Perplejo, revisó las demás entradas que se le ofrecían en pantalla: todas le ofrecían en inglés parecidos contenidos.

Por su mente discurrieron en veloz secuencia una serie de incógnitas para las que no tenía respuesta. Lo que más le intrigaba era no comprender por qué el buscador ofrecía ahora unos resultados tan diferentes a los mostrados hasta ese momento. ¿Qué había ocurrido para que cambiara de manera tan rotunda su criterio de búsqueda?

Retrocedió a la página anterior, la página principal de acceso a Google. En la ventanilla de exploración aparecía la cifra 1.618 junto al parpadeante cursor. Una línea más abajo se mostraba seleccionada la propuesta «Búsqueda en la web». Colocó de nuevo el puntero del ratón sobre la opción de «Búsqueda en Google» y titubeó indeciso unos instantes antes de pulsar sobre ella: idénticos resultados. Aturdido, volvió rápidamente atrás y se quedó mirando fijamente el monitor, intentando comprender qué había ocurrido.

Sin ser plenamente consciente de sus actos, borró el guarismo que aparecía en pantalla y comenzó a introducir de nuevo la fecha. Tan pronto introdujo el primer dígito, apareció una ventana donde se mostraban las seis últimas indagaciones realizadas.

Entonces comprendió.

Lanzando la silla hacia atrás, se levantó, y excitado se acercó a grandes pasos hasta la biblioteca. Cogiendo el libro de la mesa donde se encontraba, lo abrió por su primera página. Allí estaba, claro como el día. Siempre lo había tenido frente a sus ojos y ofuscado no lo había sabido ver.

Con el cuaderno en la mano volvió entusiasmado al despacho. Depositó el ejemplar junto al ordenador. Volvió la silla a su posición original y se colocó frente al teclado. Terminó de teclear la cifra que aparecía en el manuscrito y le ordenó buscar: reaparecieron en pantalla los enigmáticos resultados de la nueva exploración.

Con el corazón latiéndole apresuradamente se dispuso a aclarar el enigma del regalo de Félix.